PENSAMIENTO UTÓPICO,
GERMANIDAD, ARQUITECTURA

# LA CORRIENTE INDUSTRIALISTA DE LA «WERKBUND» EN ALEMANIA Y EL COMPROMISO GUILLERMINO («DER WILHELMINISCHE KOMPROMISS») (1888-1918)

*por*

JOSÉ MANUEL GARCÍA ROIG




**CUADERNOS**
**DEL INSTITUTO**
**JUAN DE HERRERA**
DE LA *ESCUELA DE*
*ARQUITECTURA*
*DE MADRID*

PENSAMIENTO UTÓPICO,
GERMANIDAD, ARQUITECTURA

# LA CORRIENTE INDUSTRIALISTA DE LA «WERKBUND» EN ALEMANIA Y EL COMPROMISO GUILLERMINO («DER WILHELMINISCHE KOMPROMISS») (1888-1918)

*por*

JOSÉ MANUEL GARCÍA ROIG

**CUADERNOS**
**DEL INSTITUTO**
**JUAN DE HERRERA**
DE LA *ESCUELA DE*
*ARQUITECTURA*
*DE MADRID*

***Pensamiento Utópico, Germanidad, Arquitectura***
***La corriente industrialista de la «werkbund» en Alemania y el compromiso guillermino («Der Wilhelminische Kompromiss»)***
***(1888-1918)***

Instituto Juan de Herrera.
Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.
Composición y maquetación: Daniel Álvarez Morcillo.
CUADERNO 99.01
ISBN: 84-95365-80-4
Depósito Legal: M-5562-2001

**PENSAMIENTO UTÓPICO, GERMANIDAD, ARQUITECTURA**

# LA CORRIENTE INDUSTRIALISTA DE LA «WERKBUND» EN ALEMANIA Y EL COMPROMISO GUILLERMINO («DER WILHELMINISCHE KOMPROMISS») (1888-1918)

## ÍNDICE

## I. LOS FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS DE LA «DEUTSCHER WERKBUND»: FRIEDRICH NAUMANN Y «DAS PRINZIP WACHSTUM» («EL PRINCIPIO CRECIMIENTO»)

Además de **Hermann Muthesius**, considerado el inspirador de la Deutscher Werkbund (y principal impulsor del debate, que en el ámbito del trabajo artístico apoyado en el empuje de la industria alemana de principios de siglo, propugna una reforma de los métodos hasta entonces empleados por aquél), **Friedrich Naumann** fue el principal ideólogo de la asociación, el que concibió su estructura organizativa, y el que confirió a ese movimiento de reforma un carácter unitario y nacional

**Naumann** fue un pastor protestante, seguidor del socialismo cristiano de **Adolph Stöcker** que, ya antes de la creación de la Werkbund (1907), había alcanzado una reputación como político de ideas liberales trufadas de cierto contenido social. Fundador del partido denominado «National-Sozialer Verein» o «Unión Social-Nacional», de corta vida (1896-1903), en 1907 se presentó con éxito como candidato a un escaño del Reichtag por la «Freisinnige Vereinigung» o «Unión Liberal» en la ciudad de Heilbronn (sur de Alemania). (Véase, acerca de la biografía de Naumann, la obra de **Theodor Heuss, «Friedrich Naumann: Der Mann, Das Werk, Die Zeit. Stuttgart 1949**).

Si **Friedrich Naumann** resulta un personaje esencial en el contexto del gran desarrollo económico y social alemán del período guillermino (II Reich de **Guillermo II**, 1888-1918), en particular de los años de desarrollo industrial y progreso que preceden a la Gran Guerra (1914-18), es porque en sus textos se pueden encontrar las claves ideológicas que nos explican los fundamentos y motivaciones políticas que guiaron por el sendero de una reforma práctica a las élites de la sociedad alemana, a la burguesía «instruída» o «ilustrada» de aquellos años («Bildungsbürgertum») (industriales, comerciantes, publicistas, pedagogos, editores, políticos, artistas y, en general, todo tipo de intelectuales); una reforma en parte contaminada por buenas dosis de utopía, que abarcó todos los ámbitos de la existencia, pero que resultó factible y que, en cuanto tal, produjo resultados en gran medida palpables todavía hoy día.

En efecto, los innumerables libros y textos que configuran la obra de **Naumann** abarcan una mayoría de las cuestiones que se suscitan en el debate alemán de preguerra, tanto por lo que se refiere al significado político y social del trabajo realizado dentro de las condiciones de la industria, como a los nuevas problemas estéticos derivados de ellas. Cuestiones, todas, en las que se implicó profundamente la Werkbund, que formaron parte inherente de su razón de ser, y que planteó sin ambages como núcleo esencial de la gran tarea nacional: una educación artística que no podía sustentarse sino sobre bases económicas, en cuanto motivo director del progreso de todo un país (es decir, y para entendernos, se trataba de que el pueblo alemán llegase a ostentar la cualidad de ser «un pueblo cultivado artisticamente orientado a la producción de máquinas», en frase debida al mismo **Friedrich Naumann**).

Ya antes de su participación en la fundación de la Werkbund, **Naumann** había fundado, en 1894, la revista «Die Hilfe», órgano del ala progresista del movimiento cristiano-social, donde publicaba reseñas sobre exposiciones y artículos referidos a cuestiones de arte y estética.

Con motivo de la exposición de Artes Aplicadas de Dresde, en 1906, organizada por un seguidor de sus ideas políticas, el arquitecto hamburgués **Fritz Schumacher**, **Friedrich Naumann** pronunció una conferencia, «Kunst und Industrie» («Arte e industria») que apareció en la revista Kunstwart (xx, 1906, pp.3-12) y que también formaba parte de uno de los textos del catálogo de la muestra, de título «Das Deutsche Kunstgewerbe» («El arte industrial alemán»).

En este su primer escrito de propaganda, se esbozan ya los rasgos que van a definir las metas sociales y nacionales de una organización como la Werkbund. Su relación, en el ámbito de la Exposición de Dresde, con otro seguidor de sus ideas, **Karl Schmidt**, fundador de los «Talleres alemanes» de Dresde ubicados en Hellerau (1908), donde surgiría en los años siguientes la primera ciudad-jardín de Europa fuera de Inglaterra; su coincidencia con los puntos de vista de **Hermann Muthesius**, con los objetivos de la reforma educativa y de los métodos de trabajo industrial y artístico propuestos por éste y su rechazo a los ataques que, desde organismos como la «Fachverband» (la Asociación para los intereses económicos de los artesanos e industriales alemanes) sufrió el mismo **Muthesius**, constituyen aspectos esenciales que explican el nacimiento de la Werkbund como una consecuencia natural. En efecto, si nos atenemos al testimonio de **Peter Bruckmann**, segundo presidente del primer comité directivo de la Werkbund, el llamado «caso **Muthesius**» fue el factor decisivo que propició la creación de la misma.

En la Asamblea de la Fachverband de Düsseldorf de junio de 1907, numerosos prohombres de la industria alemana abandonaron la misma, en medio de un gran tumulto y escándalo, por su desacuerdo con el punto 6 del orden del día, que exigía al gobierno la destitución de **Muthesius** de todos los cargos públicos que ocupaba como Consejero del Ministerio de Comercio y su prohibición de pronunciar conferencias en la Universidad. **Naumann** se significó a tal efecto como ardiente defensor de las propuestas de reforma de **Muthesius**, como lo hicieron **Theodor Fischer** y **Karl Schmidt**, como asimismo lo hicieron **Wolf Dohrn** (hijo del célebre zoólogo **Anton Dohrn**, que había frecuentado junto a **Theodor Heuss** el seminario de economía de **Lujo Brentano** en Munich), **Josef August Lux** o el mismo **Peter Bruckmann**, que describe así, ya en 1932, el entusiasmo de aquellos días, generado por la fe puesta en determinadas ideas de progreso y renovación:

«A ellos (**Friedrich Naumann**, **Theodor Fischer**, **Richard Riemerschmid**), se añadieron otros: artistas, economistas políticos, industriales, artesanos. Se dijo entonces que había que entrar en contacto con el público ya que, cuanto más se habría paso un falso orgullo a propósito de los propios productos y cuanto más se intentaba fijar la idea de un falso espíritu comercial en la definición formal del trabajo y en la adaptación a las exigencias más banales del mercado, tanto más fuerte era su convencimiento de la necesidad de emprender

nuevas tareas. Así se reunieron hombres que, como **Naumann** y **Muthesius** exigían un cambio profundo y radical, y que habían aprendido que esas cuestiones no eran asuntos que concerniesen a una oficina particular, sino que eran asuntos nacionales que afectaban al propio pueblo alemán. Exigencias de tipo social, económico y cultural se determinaron entonces con claridad, y en esos meses del verano de 1907 se desarrollaron en Düsseldorf aspectos ideológicos que fueron elaborados sólo por tres hombres con vistas al establecimiento de un programa de amplio alcance industrial, llevado en efecto a cabo por esas personalidades entusiastas. Todo aquel que estuvo en el congreso fundacional de la Werkbund en Munich no olvidará con qué esperanza y con qué fe vivió cada uno el convencimiento en un triunfo cierto de las ideas de la Werkbund. El congreso lo abrió y presidió **Scharvogel**, de Munich; por parte de los sectores artísticos habló **Schumacher**, de Hamburgo, y por parte de la industria hablé yo mismo, que pude referirme al terrible embrutecimiento del gusto en el campo de la industria y del arte, aspecto que conocía por propia experiencia. Esta gran y significativa manifestación hizo aguzar los oídos de la gente y encontró eco en todo el mundo. El programa de la «Deutscher Werkbund» contiene un segundo párrafo que conforma todavía hoy los fundamentos del trabajo de la Werkbund. Ese párrafo dice: «El objetivo de la asociación es el ennoblecimiento del trabajo industrial en íntimo contacto y dentro de una colaboración común con los agentes del arte, de la industria y la artesanía, por medio de la educación, la propaganda y las ideas respecto a las cuestiones de su competencia». Esta constituye también hoy nuestra principal meta: el ennoblecimiento del trabajo industrial. Este ennoblecimiento se extiende, por supuesto, al ámbito de la vivienda individual, los edificios públicos y, sobre todo, el urbanismo... La Fachverband (Asociación para los intereses económicos de la industria alemana), acogió con malos augurios la fundación de la Deutscher Werkbund. A pesar de ello, muchos de sus miembros más activos fueron invitados a entrar en la Werkbund, y lo hicieron. Hoy ya no existen disputas entre la Asociación y la Werkbund. La gran importancia de los objetivos propuestos y su enorme éxito, su fuerza vital, capaz de soportar los años de la guerra y la postguerra, y la conciencia de que actualmente la Werkbund es más importante que nunca, no dejan lugar ya a discusiones mezquinas acerca de las orientaciones artísticas o sobre matices en interpretaciones o conceptos estéticos...» (**Peter Bruckmann**: «Die Gründung des deutscher Werkbundes. 6 Oktober 1907» (La fundación de la Werkbund alemana. 6 de octubre de 1907), en «Die Form», cuaderno 10. Berlín 1932).

Además de **Bruckmann**, propietario de una fábrica de cubertería y otros objetos de plata en Heilbronn (Württemberg) y ferviente sostenedor de las ideas de **Naumann**, otros prohombres alemanes identificados con las líneas ideólogicas trazadas por **Naumann**, tuvieron asimismo un papel decisivo en las actividades de la Werkbund: así, por ejemplo, **Eugen Diederichs**, dueño de una importante editorial, en la que precisamente se habrían de editar los sucesivos Anuarios de la DWB, en Jena, y que era portavoz de un movimiento reformador

de matices místicos al que daba el nombre de «Neue Romantik» («Nuevo Romanticismo»). En la misma colección en que se publicaron los anuarios de la Werkbund, salieron también la primera edición alemana de **Ruskin**, el libro de **Howard** sobre la ciudad jardín y otras obras de carácter literario, artístico y filosófico ligadas a las ideas de la Werkbund. (Véase al respecto, «60 Jahre: Ein Almanach, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf 1956).

Habría que citar también aquí a **Alfred Lichtwark**, como uno de los predecesores alemanes de la Werkbund, fundador, en 1897, del «Kunsterziehungsbewegung» o «Movimiento para la educación artística», director del «Kunsthalle» de Hamburgo, y que, en sintonía con las ideas de **Naumann**, desempeñó un papel activo en la creación de una conciencia artística en el público, tanto por sus teorías con respecto a un ideal de sensibilidad estética como por su metodología educativa. (Véase al respecto, **Alfred Lichtwark**, «Die Kunst in der Schule» («El arte en la escuela»), una conferencia pronunciada en Hamburgo, en marzo de 1887, y publicada en la obra «Alfred Lichtwark. Eine Auswahl seiner Schriften» -una selección de sus escritos- por el editor W.Mannhardt en Berlín, 1917). En los textos de **Lichtwark**, como el citado, o como el publicado en Berlín en 1901, «Die Grundlagen der künstlerischen Bildung» («Los fundamentos de la formación artística»), se entiende la educación artística como parte de una reforma pedagógica más general, dentro de los anhelos expresados por los hombres del movimiento para la reforma de la vida en Alemania y que entronca, en este caso, con los ideales tanto estéticos como político-patrióticos del «Movimiento de la juventud alemán» («Deutsche Jugendbewegung»).

Precisamente, debe admitirse que el primer opúsculo programático y propagandístico de los objetivos e intereses de la DWB, se debe a **Friedrich Naumann** en 1908, el titulado «Deutsche Gewerbekunst. Eine Arbeit über die Organisation des Deutschen Wekbundes» («Arte aplicado o industrial alemán. Una trabajo sobre la organización de la Werkbund alemana»), que es el texto de la conferencia pronunciada en la primera reunión anual de la asociación, después de su fundación en Munich en octubre de 1907. Aquí, comparando a la Werkbund con la Liga Naval, **Naumann** sostiene que, de la misma manera que la Liga estimulaba la exigencia de alcanzar para Alemania un papel de primer orden en la política internacional, la DWB estaría contribuyendo a desarrollar su poder económico. Pero a diferencia de la Liga naval, debía mantener su propia independencia de todo organismo oficial ya que así se favorecería el mayor crecimiento económico y progreso cultural de Alemania como nación. (Cfr.: Joan Campbell, «Il Werkbund tedesco». Marsilio. Venecia 1987, pp.22-23; y Werner Durth, «Deutsche Architekten». dtv. Munich 1992, pp.42-43).

La Liga naval fue una una organización de masas, patrocinada y subvencionada por los bancos y los grandes industriales, especialmente los **Krupp**, en la que intervinieron también la Liga pangermanista y la Sociedad colonial y en la que participó el gobierno a través de la dirección de los grandes periódicos y de la Cámaras de Comercio. la Liga naval, movilizó a universitarios y publicistas para demostrar las ventajas y la necesidad

de apresurar la construcción de una gran flota: en 1913 contaba con 3.845 secciones locales y un millón doscientos mil afiliados.

Había que vencer la resistencia, existente en determinados sectores de la sociedad alemana, a dedicar grandes sumas del erario público para la construcción de navíos de guerra en un número suficiente como para equilibrar el poderío marítimo de Inglaterra. Entre 1898 y 1908 se votaron un serie de leyes que hizo que Alemania se convirtiese en la segunda potencia naval del mundo: la flota apareció como el instrumento de la nueva burguesía nacionalista, reclamada para la protección del comercio, las colonias y los intereses creados en las zonas de influencia, y fuente de grandes beneficios para las sociedades del carbón, los productores del acero, las empresas de construcción naval y las de armamento. Fue por lo tanto una consecuencia lógica de la expansión industrial y comercial del «guillermismo», y una exigencia de su Weltpolitik, apoyada en las doctrinas de los teóricos nacionalistas (como **Naumann**, por ejemplo, o como el geógrafo **Ratzel**, conocido por su «doctrina del espacio» y que escribió en 1900 un libro «Das Meer als Quelle der Völkergrösse»-»El mar como fuente del poderío de los pueblos»). (Véase, Pierre Guillen, «L'Empire Allemand, 1871-1918". Hatier, París 1970 y, en particular: carta del príncipe Salm-Horstmar, presidente de la Liga Naval, dirigida al almirante Tirpitz, ministro de Marina, el 3 de diciembre de 1901, y respuesta de éste, del 14 de diciembre de 1901, citadas poe Eckart Kehr en, «Soziale und finanzielle Grundlagen der Tirpitzschen Flottenpropaganda», en «Moderne Sozialgeschichte». Hans-Ubrich Wehler, Colonia 1966, pp.401-402).

En 1914 y con la llegada de la Guerra, tras el importante acontecimiento que supuso para la Werkbund la Exposición de Colonia (julio de 1914), **Naumann** dejo de implicarse directamente en la gestión de la Asociación para dedicarse más activamente a la política y al periodismo. En el contexto de las exaltaciones nacionalistas que suscita la guerra, el debate ideólogico en el interior de la Werkbund no podía sino plantearse desde renovados presupuestos, buscando encontrar como referente ejemplar la disciplina del trabajo alemán (Arbeitsmilitarismus), que había preconizado ya desde su nacimiento la Asociación como uno de los valores morales fundamentales de la sociedad. En este sentido, se buscan por parte de la DBW nuevas vías para servir a la causa de la nación. Así, una de las más singulares fue la implicación de la Werkbund en la campaña organizada por **Friedrich Naumann** para una federación de la Europa Central, en consonancia con las tesis sostenidas en su libro «Mitteleuropa», publicado en 1915. Precisamente, fue **Ernst Jäckh**, periodista, secretario general de la DBW desde 1912 y miembro de la «Arbeitsausschuss für Mitteleuropa» («Comité por Centroeuropa»), fundado en 1915, quien amplió el concepto de una federación centroeuropea, extendiéndola hacia el este hasta incluir a Bulgaria y Turquía, reuniendo de esa manera la comunidad austrogermana originaria con la idea imperante en ese momento de una estrecha alianza turcoalemana. Esta «grössere Mitteleuropa» fue la que presentó **Jäckh** justamente en el congreso de la DWB de Bamberg de 1916, ya en

plena conflagración mundial. («Con el título de «Werkbund und Mitteleuropa», el discurso de **Jäckh** se difundió entre todos los socios de la Werkbund y se publicó en una edición de 10.000 ejemplares. En el verano de 1918, Naumann solicitaba la anexión de Bulgaria para garantizar la seguridad de la línea ferroviaria de Bagdad con Turquía, aspecto considerado clave en su libro «Bulgarien und Mitteleuropa», escrito después de la entrada en la guerra de Bulgaria al lado de Alemania, e incorporado a la edición popular de «Mitteleuropa», de octubre de 1916. Véase al respecto: Joan Campbell, «The German Werkbund. The Politics of Reform in the Applied Arts», Princeton University Press 1978).

En este contexto, se entiende el interés de la DWB por organizar un concurso para el proyecto de construcción de una «Casa de la amistad turco-alemana», que debería erigirse en Constantinopla. También la profunda conexión que veían entre la Werkbund y la política exterior alemana, visión acentuada en los años de la guerra, gentes de la DBW como el ya citado **Jäckh**, **Behrens**, **Muthesius** (nada más explícito, por ejemplo, de su pasión nacionalista que el contenido de los dos textos que escribe en 1915, «Die Zukunft der deutschen Form»-»El futuro de la forma alemana»- y «Der Deutsche nach dem Kriege»-»El alemán tras la guerra»), y el crítico de arquitectura **Fritz Höber** (defensor, frente a las críticas que lo acusaban de revestirse de un «carácter teutónico-imperialista», del edificio del mismo **Behrens** para la Embajada alemana en San Petersburgo, construído en 1911/12; véase, Fritz Hoeber: «Architekturfragen»-»Cuestiones de arquitectura»-, en «Die neue Rundschau», xxix, n.2-1918). **Hoeber** entendía la Werkbund y el concepto de Mitteleuropa como específicamente germanos de modo que, la victoria de Alemania y sus aliados debería asegurar a las nuevas formas artísticas el puesto que las correspondía por derecho propio: «**Hoeber** había así confirmado las sospechas de algunos observadores extranjeros en el congreso de la DWB de Colonia de 1914, que habían sostenido que el movimiemnto de la Werkbund estaba demasiado estrechamente ligado a la causa alemana y, asimismo, los temores por tanto de los que, dentro y fuera de Alemania, veían en la idea de Mitteleuropa de **Naumann** un simple cambio de rostro e indumentaria para la acentuación del predominio de lo especificamente alemán. (Campbell, «The German Werkbund», p.98).

Tras la guerra, **Friedrich Naumann** se convierte, poco antes de su muerte acaecida en 1919, en el primer presidente del recién creado Partido Democrático Alemán (DDP), cuya fundación tuvo lugar el 20 de noviembre de 1918. También algunas personalidades de la Werkbund intervinieron después de la guerra en la política de partido y, concretamente en la del DDP, que se aseguró el apoyo activo de **Peter Bruckmann**, presidente entonces de la DWB, así como el de su publicista más importante, **Theodor Heuss**. Por último, **Ernst Jäckh**, también comprometido con el trabajo político del DDP, participó en la fundación de la «Deutsche Hochschule für Politik» («Escuela Superior Alemana para la Política»), una institución apartidista concebida, por cierto, por **Friedrich Naumann** para promover el estudio de las ciencias políticas en Alemania.

## El compromiso guillermino y la idea de satisfacción general

Cuando en 1894 aparece en Berlín el libro de **C. von Massow**, «Reform oder Revolution» (editado por **Otto Liebmann**, y con un lema que aparecía en la misma portada, que rezaba: «Luchemos por la religión, las costumbres y el orden, contra los partidos de la revolución. ¡Adelante con Dios»!), se está planteando en el mismo título una cuestión que muy probablemente aún hoy permanece irresuelta. Es en el interior de la propia burguesía, educada en las universidades, de donde surgen en los últimos años del siglo XIX, y en el momento en que la gran ola de la industrialización ya ha producido sus efectos, toda una serie de movimientos sociales de reforma que tienen como meta la satisfacción general, la búsqueda de una mayor igualdad social, la mejoría de las condiciones de vida de toda la sociedad: no se trata de perseguir la emancipación de las clases débiles, sino de plantear moderadamente una mitigación de las pésimas condiciones de vida de una parte de la población, tarea entendida como urgente y grave, por ser campo abonado para que el partido que recogía de manera más coherente las reivindicaciones de la clase obrera (el SPD o partido de la socialdemocracia) pudiera llevar a efecto sus propuestas revolucionarias (no en balde el SPD hasta la guerra del 14 es tildado en Alemania de «partido de la revolución»). Las que se plantean, son reformas que tratan de resolver el llamado «problema social», pero procurando no tocar las relaciones de propiedad y de poder establecidas.

El «compromiso guillermino», tal como lo ha explicado con gran acierto **Julius Posener**, al analizar sus implicaciones en el campo de la arquitectura y del urbanismo, habría consistido justamente en eso: en procurar, a partir de un desarrollo económico sin precedentes basado en la industrialización acelerada de un país tradicionalmente agrícola y atrasado, la elevación de las condiciones de vida de toda la población, implicando en esa tarea a las propias clases trabajadoras que, así, verían en su propia actividad, encaminada a un progreso y bienestar del que serían partícipes en primer término, un sentido de tarea nacional. Ese desarrollo tendría como máxima un crecimiento de las condiciones materiales a toda costa, según el lema que, aludiendo a la obra más importante del filósofo **Ernst Bloch**, «Das Prinzip Hoffnung», reza «Das Prinzip Wachstum» («El principio crecimiento»).

El «empresariado ilustrado» (pues así ha denominado también muy justamente **Julius Posener** a las elites dirigentes de la época de Guillermo II en Alemania), constituyó una clase en el poder de la que formaron parte gentes, por ejemplo, como los **Rathenau**, los dueños de la AEG; una clase, en todo caso, extraordinariamente cultivada y versada en cuestiones de bellas artes, música, economía, filosofía o ciencias sociales. A ella se debe, en efecto, la existencia de ese «circulo virtuoso» que se da en Alemania en los años de principio de siglo: producir más y mejor, para así mejorar las condiciones de vida del obrero que, al observar cómo la organización

de su trabajo producía efectos beneficiosos para él, se entregaría cada vez con mayor entusiasmo a la tarea del desarrollo y el progreso, como tarea nacional en al que sentirse implicado. Una idea que constituye, como ya hemos esbozado y analizaremos posteriormente, una de las líneas maestras del pensamiento de **Friedrich Naumann** que opinaba, en efecto, que «la sociedad había entrado en un proceso en el que los intereses de ambas partes, los del empresariado y los del trabajador, se irían acercando cada vez más,...»; y un momento histórico de esperanza que, dice **Posener**, «hemos denominado como el momento del crecimiento como principio y en el que, la percepción del éxito en que se apoya, constituye la levadura de la reforma guillermina» («Berlin auf dem Wege...» pp.49 y 53).

**El pensamiento de Friedrich Naumann: El desarrollo económico como principio.**

Como hemos observado, y siguiendo a **Julius Posener**, Naumann no veía ninguna necesidad de un ajuste violento de cuentas entre los intereses de clase del empresario y del trabajador. Más bien veía a ambos como dos poderes de la Alemania de **Guillermo II** situados a la izquierda, mientras que a la derecha se situaría la nobleza feudal terrateniente, sobre todo la prusiana situada al este del Elba, que aún era muy poderosa. Ésta quería mantener las condiciones de dominio y las relaciones de producción de un tiempo pasado; de ahí su política de proteccionismo arancelario, que el gobierno en los primeros años del siglo aún seguía, mientras que **Naumann** preconizaba con total determinación el principio liberal de libre comercio, del que opinaba que debía, en último término, resultar también beneficioso para la misma agricultura.

Frente a esa clase conservadora, **Naumann** defendía la industria, el principio del progreso y del desarrollo. Ambas partes de la industria, opinaba pues **Naumann**, podían ahora trabajar conjuntamente, ya que en ambos lados, sobre todo por parte del empresario se habían introducido, desde los días de la primera industria en Inglaterra, transformaciones de carácter revolucionario: porque, entonces, el empresario era una persona concreta y, posteriormente se había separado la administración de la propiedad y el empresario había llegado a ser corporativo: la misma propiedad había llegado a ser anónima con la forma de la sociedad de acciones. La persona, por lo tanto el explotador (la imagen típica en la pintura de **George Grosz** con el grueso cigarro puro y la panza gorda), había desaparecido. Con todo, **Naumann** reconoce también que todavía se daba el empresario de viejo cuño, la propiedad individual y la explotación por doquier, pero era precisamente un tipo de administración que había pasado de moda rapidamente, que era más propia del hidalgo de pueblo que del industrial moderno: «El optimismo «guillermino» es, de hecho, un pilar básico de la visión del mundo (Weltanschauung) de **Naumann**. Bajo los auspicios de ese desarrollo, considera que la violenta batalla de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado resulta innecesaria: esa concepción estaba superada por la historia» **(1)**.

Según **Friedrich Naumann**, podía observarse el desarrollo del capitalismo de tres modos: el idealista, cuyo proceso había puesto en marcha las ideas de la Ilustración Francesa. Ésta concepción la rechaza, con la indicación de que, precisamente en Francia, la tierra de las Luces y de la Revolución, la industria se había desarrollado más lenta y dificilmente que en Inglaterra. Como segundo aspecto cita el tecnológico: que el progreso técnico había sido la causa del desarrollo. Era, según su opinión, el punto de vista de **Marx y Engels**. **Naumann** admite que esta interpretación tecnológica había propiciado conocimientos importantes. Pero él mismo se considera partidario del tercer aspecto, el «antropológico». La diferencia aparece clara si se observa la distinta interpretación que **Naumann** otorga a la relación entre las dos causas fundamentales del desarrollo capitalista: la máquina y las masas; «...la máquina por sí sóla no lo lleva a cabo», dice en una conferencia de 1904:

«Las masas van al encuentro de la máquina. A la máquina se suma el repentino incremento de la población que, en un año, ha supuesto un aumento de 900.000 personas en Alemania; un incremento que se deriva, en buena medida, de la reducción de la mortandad en nuestro pueblo» («Zur Maschine kommt die Masse»). Pero **Naumann** da también otras razones, que para él son esenciales, por las que se produce el repentino aumento de la población de un pueblo: sucede, opina, aunque no sabe muy bien por qué, que en algunos pueblos o grupos de pueblos, tiene lugar ese desarrollo. Según él, eso sucedía en ese momento en el ámbito de los pueblos germanos o eslavos, mientras que los pueblos de vieja cultura, los latinos, habían cumplido su papel histórico; en Francia la población había descendido, miemtras aumentaba en Alemania. Se podía observar, decía, que, en la margen izquierda del Rin, se construían pocas casas nuevas, al contrario que en su margen derecha.

Germanos-eslavos-latinos. Aquí, según **Posener**, es donde introduce en sus reflexiones un elemento misterioso y, de hecho, dificilmente determinable, el concepto de raza: «Con ello abandona el terreno de la deducción científica, que intentaba dar la filosofía materialista: la «última ratio» del acontecer del mundo es para él la especificidad y el destino de la raza... aún no sabemos lo bastante y verdaderamente nunca podremos indagar del todo lo que hay de secreto o misterioso en ello, pero resulta meridiano que las razas humanas son exponentes que nos revelan el desarrollo de la humanidad. Pero si **Naumann** habla de los pueblos eslavos y germanos es porque, inequivocamente y en todo caso, concede la supremacía a los pueblos germanos: no sólo crecen en población tanto como los eslavos, además figuran a la vanguardia del progreso científico-técnico. Y dentro de ese conjunto de pueblos es de nuevo Alemania el país que demuestra mayor vitalidad. **Naumann** no constata esto expresamente: menciona una vez a los eslavos en ese contexto, y no vuelve a hacerlo; y del mismo modo habla, por cierto, de los pueblos germanos, pero sustituye Alemania por ese concepto, ya que no menciona otros pueblos, excepto cuando se refiere a Inglaterra. En su interpretación existe una confusión implícita, desde el momento mismo en que no se expresa en ese punto con demasiada claridad; en la acentuación del punto de vista

antropológico, el concepto de masa adquiere la máxima prioridad: en el principio era la proliferación. Pero, precisamente, el desarrollo histórico juega también un papel. Concede a Alemania, frente a Rusia, una ventaja: Rusia está atrasada y mucho del terreno que ha recuperado lo ha recorrido ya Alemania con anterioridad. El crecimiento de las fuerzas de un pueblo y su progreso le dan el derecho de erigirse en una autoridad a nivel mundial y le exigen la afirmación de ese derecho por medio de un ejército y de una flota marítima. En ese proceso dinámico se encuentra Alemania; de ahí que se deba recordar como la causa biológica originaria del crecimiento la figura de la madre. **Naumann** reconoce el punto de vista de **Bebel**: que el papel de la mujer en la sociedad industrial no puede quedar reducido a la maternidad; nunca lo estuvo, ya que tanto en la familia numerosa del medio rural, como en la urbana preindustrial, la mujer había desarrollado una actividad considerable. Pero ahora, en la sociedad industrial, si trabajaba tenía que dejar la casa y, en consecuencia, la sociedad debía procurarle medios adecuados para que no encontrase únicamente un trabajo subalterno, y no tuviese que verse obligada (si quería encontrar un trabajo digno), a sacrificar su misión principal, la maternidad: porque la maternidad es para **Naumann** sagrada, ya que la madre era la «fons et origo»-»fuente y origen»- del crecimiento» **(2)**.

Es por ello que, en el pensamiento de **Friedrich Naumann**, la idea de «Alemania» entra en disputa con Inglaterra. Por amor a la paz, no podía tolerarse que Inglaterra mantuviese el predominio del comercio mundial, pues entonces disminuiría la prosperidad alemana y, por ende, el crecimiento alemán. El principio del desarrollo económico era un principio beneficioso, pues ponía en marcha el «círculo virtuoso», que resolvería la cuestión social, al plantearse como una cuestión nacional. Una renuncia a esa dinámica, a ese progreso, a esa esperanza que animaba a Alemania, era impensable. **Naumann** tiene en cuenta la legitimidad de la guerra, pues si se diese el caso de que estallara sería porque Alemania se había visto forzada a ella y, por lo tanto, había que entenderla como una guerra de legítima defensa, como un mal menor: todos los patriotas pensaban así, y era lo que hacían en todos los países y en todas las épocas. En efecto, si uno lee los primeros escritos de **Naumann**, los de los últimos años de la década de los noventa, verá que la guerra aparece allí siempre como un hecho inevitable; es, en este contexto, en el que él considera necesaria la mejora de las condiciones del trabajador: la mejora insignificante que ha tenido lugar también vale la pena en este aspecto. El medio rural ya no suministra los reclutas más fuertes. Y la guerra moderna ya no se decide, como en los viejos tiempos, por la calidad de la lucha de los soldados, pues será una guerra tecnológica. De ahí la doble importancia de mejorar la condición del obrero: lo importante para él es que los nuevos soldados puedan manejar adecuadamente las nuevas armas. Y esos soldados, trabajadores como eran, sabrían además por qué luchar: por su propio bienestar. Por lo tanto, estaban en condiciones de identificarse entonces con su Estado. Resulta indudable que esta

idea jugó un papel considerable en la propaganda que condujo a la guerra de 1914-18.

A este respecto, y siguiendo a **Posener**, la proposición de **Naumann** es evidente: «la mejor condición del trabajador alemán producía el bienestar de la nación, lo que, a su vez, repercutía en la mejora de la situación de aquél y, debido a ello, la revolución había llegado a ser superflua porque la propiedad había adoptado una forma corporativa: trabajador y empresario podían cooperar, pues sus intereses en el fondo coincidían. Así, la guerra se toma friamente en consideración y las posibilidades de ganarla son las mejores para el pueblo cuya industria sea la que mejor funcione desde el punto de vista social: es decir, para Alemania: dentro de estas consideraciones, la alternativa entre revolución o guerra está implícita, aún cuando no entra a discutirse, ya que Naumann considera la guerra como necesaria, no la revolución. La revolución no sólo está superada por el desarrollo económico, además no es práctica» **(3)**.

En un informe sobre la exposición industrial de Berlín de 1896 («Aussstellungsbriefe». Buchverlag «Die Hilfe», Berlín 1909, pp.48-49), **Naumann** lamenta que no sea posible todavía un empresariado sin empresario: la industria alemana se encuentra en un estado experimental, ha de tomar decisiones rápidamente y, en consecuencia, debe soportar riesgos. Tales pretensiones exigen sólo una personalidad singular, responsable. Un empresariado industrial sin capitanes es, de momento y en cualquier caso, el empresariado más endeble. Alemania necesita el empresariado más eficiente para poder competir. Pero continuamente aparece en sus escritos el concepto de un empresariado sin jefes como exigencia ideal. En sus escritos más tardíos se puede observar que abandonará esa pretensión: en torno a 1900 dice -deplorándolo- que el capitalismo aún está en ascenso. Más tarde ya no habla de ello lamentándolo: al contrario, se señala que la época de su gran auge está cerca: el capitalismo debe extender sus efectos hasta el punto en que la totalidad de la superficie terrestre se encuentre «capitalizada». Y se dice que este proceso durará todavía algún tiempo.

**Naumann** considera que la pretensión de **Marx y Engels**, de que la socialización de la producción exija la propiedad colectiva de los medios de producción, ya no constituye una premisa válida: en todo caso, no es una cuestión apremiante. Diferencia dos aspectos dentro de esa exigencia: la socialización de la empresa y su democratización. La socialización, dice, ha tenido lugar por medio de la administración corporativa. La democratización, por lo tanto la sustitución de la dirección administrativa por la sociedad de acciones, para que los mismos obreros participen en ella, debe (y puede hacerlo) esperar todavía largo tiempo, en tanto se cumple la misión del capitalismo: realizarse la total «capitalización» de la superficie terrestre. La socialdemocracia debe, por tanto, completar el capitalismo. Para ella es la única posibilidad de alcanzar con eficacia el éxito, pues si algo está superado de la teoría marxista es, precisamente, la idea de que el sistema capitalista perecerá ahogado en sus propias contradiciones, la superproducción y la crisis de excedentes.

Pero, entonces, para **Naumann**, si el capitalismo ha aprendido a borrar esas contradicciones, y el convenio colectivo ha sustituído en los países desarrollados a la revolución, ésta ha pasado a ser, para el empresario, un fantasma, en el que realmente no cree, pero en el que encuentra la justificación de su enojo por verse obligado a negociar con la socialdemocracia. Y así, siguiendo con esta idea, la revolución sería para la misma socialdemocracia, incluso, un viejo elemento decorativo, en el fondo una idea plagiada y, en el mejor de los casos, un programa a largo plazo del que, los socialdemócratas, harían muy bien en separarse: todo lo que hace falta es que, el obrero organizado, salga al encuentro amistoso del empresario también organizado. Finalmente se debería alcanzar eso, (y cuanto antes mejor): que la Liga Hanseática de la industria y los sindicatos de la Social-democracia negocien, no como adversarios enfrentados, sino como socios que colaboran para la realización total del capitalismo.

A tenor de lo anteriormente expuesto, el juicio de **Posener** resulta certero: «Esta comunidad de intereses anticipa el pensamiento de la «Volksgemeinschaft» (comunidad del pueblo) del Nacional-socialismo. Y me resulta difícil pensar que **Naumann** no hubiera aprobado este aspecto del programa de los nacional-socialistas. Ni tampoco puedo observar el mismo nombre, nacional-social, como una pura casualidad (pues la denominación nacional-social aparece también en él con la forma nacional-socialista). No es improbable que **Gottfried Feder**, el teórico del partido de Hitler, haya tomado ese nombre de los escritos de Naumann. En todo caso, la Unión Nacional-Social de Naumann servía a la misma meta que el partido Nacional-socialista de **Hitler**: la superación de la lucha de clases por medio de la «comunidad del pueblo». En ambos casos existe un enemigo común del capital y del trabajo: en Naumann era el feudalismo agrario, en **Hitler** el judaismo. La teoría de **Naumann**, por lo demás, no estuvo libre de anti-semitismo. Así, por ejemplo, en su «Catecismo nacional-social» («National-Sozialer Katechismus»), de 1897, se dice en el punto 119: ¿Existe una cuestión judía? - Sí. Y en el 120: ¿En qué consiste? - En que los judíos son una raza distinta a la de los alemanes. Es por ello que puede decirse que el antisemitismo de Naumann proviene, como el de los nacionalsocialistas, de una distinción de las razas» **(4)**.

Ciertamente, la comunidad de intereses, dice **Naumann**, responde también al deseo de muchos trabajadores: en el conjunto del proletariado ha tenido lugar desde los días de **Marx y Engels** una siempre cambiante y cada vez más fuerte diferenciación. La producción primaria, es decir, el acero y el carbón, se ha modificado minimamente y se encuentra, en su mayor parte, en un estado arcaico dentro del proceso de industrialización. Pero en el perfeccionamiento de los productos semifacturados, y en cada rama de los productos más elaborados, se ha producido una jerarquización entre los trabajadores más adiestrados, capataces y maestros de obra o jefes de taller: es decir, una jerarquía total dentro del mismo proletariado. En este tipo de estructura social, los industriales propenden mucho menos a desarrollar su papel de amos. Y allí se identificará mucho antes el obrero con el empresario. Precisamente, la industria de calidad es decisiva para el éxito de la economía alemana. A partir de aquí, se llega, finalmente, a la cuestión de la Deutscher Werkbund que, como **Posener** indica, fue precisamente su tema.

**Naumann**, que como ya hemos dicho, fue uno de sus miembros y socios fundadores y uno de sus ideólogos principales, pronunció en el Congreso de la DWB de Colonia, en julio de 1914, una conferencia cuyo contenido es coincidente con su escrito publicado anteriormente, «Was hat der Werkbund mit dem Handel zu tun?» («¿Qué tiene que ver la Werkbund con el comercio?»): en él se expone, en efecto, la importancia vital que tiene para la economía alemana exportar un producto industrial de calidad. El trabajo de calidad es también un trabajo que compete en su mayor parte al trabajo del proletariado: los diferentes oficios que desarrollan su actividad en ese tipo de industrias tenderán cada vez a justificar menos las exigencias fundamentales de la revolución obrera. Por lo tanto, el progreso técnico, el progreso social y el progreso nacional, en el fondo, son uno mismo, y vendrán provocados por todo trabajo perseverante que ponga en marcha, al mismo tiempo, la expansión de la economía alemana y la coparticipación del obrero en la economía, como exigencias ineludibles.

Así pues, el optimismo de la época «guillermina», en palabras de **Posener**, «impregna por completo ese concepto de progreso y de crecimiento. Así aparece la misma persona del emperador (Kaiser), al que se observa como el auténtico representante y promotor de ese progreso: ha demostrado por su lucha en conseguir una flota alemana, que se alinea, en efecto, con la idea de un «estado industrial» alemán. El estado, por otra parte, representa una instancia neutral y alentadora de todo esfuerzo encaminado a ese fin, pero no debe aparecer como una instancia dependiente de la industria. El hecho de que así haya sucedido no puede pasarlo por alto **Naumann** pero, para él, esa debilidad no supone sino una enfermedad infantil» **(5)**.

Tampoco eludió **Naumann** el hecho de que ese crecimiento, la misma expansión demográfica sobre todo, no pudiera significar un peligro; pero entiende que sólo puede aparecer como un problema agudo una vez que transcurran «trescientos años». Sólo entonces uno puede tomarse la molestia de tener seriamente en cuenta a **Malthus**; también deja entrever, desde luego, que, para entonces, probablemente no constituya una cuestión irresoluble: se poseerán, en cualquier caso, los medios adecuados que eviten una catástrofe, del mismo modo que el moderno capitalismo ya ha encontrado los medios que posibilitan la superación de esa contradicción que, según **Marx**, le es inherente, es decir, la producción de excedentes.

«En la visión de **Naumann** se tiene la impresión de que los árboles tuvieran que crecer hasta en el cielo. En el camino hacia ese crecimiento él ve únicamente una contradicción: la contradicción de que los árboles ya existentes dificulten el crecimiento de los más jóvenes y fuertes a lo largo de ese camino. Pero no se plantea en absoluto que el mismo principio de crecimiento sin límites pueda ser puesto en cuestión; tampoco el hecho de que el capitalismo extendido a la totalidad de la superficie terrestre pueda atentar a las bases fundamentales de la vida. En sus textos (seis gruesos tomos de alrededor de 500 páginas cada uno) no hay nada que haga

presuponer una comprensión de esa cuestión. Que entraría en contradicción con el principio del crecimiento ilimitado» **(6)**.

Sobre su idea religiosa, **Posener** escribe a propósito de **Naumann**: «... era un cristiano y un protestante convencido; y pensaba que el contenido del Sermón de la Montaña no valía sólo para los domingos: debía tomarse en serio y comprenderse como instrucción para la política. «**Jesucristo** como hombre del pueblo», («Jesus Christus als Volksmann») se titula uno de sus primeros ensayos. **Naumann**, con anterioridad a la Unión Nacional-Social estuvo próximo a uno de los grupos que más amplia influencia tuvo; un grupo «cristiano-social», al que dio nombre el predicador de la corte **Stoecker**. Esa denominación tiene para nosotros tanta carga política como la otra, pero debemos decir al respecto que el socialismo cristiano de **Naumann** tiene menos que ver con el CSU, que su nacionalsocialismo con el programa del partido que posteriormente adoptaría ese nombre. El pensamiento y el proceder de **Naumann** estuvieron determinados por la exigencia de la ética. En ese sentido resulta coherente que un hombre de esas características se tomase muy en serio la puesta en práctica de los principios morales que encierra el Sermón de la Montaña: en él veía la determinación militante de abogar por el derecho de los pobres y, ciertamente, aquí en la tierra, no sólo en el cielo. Al mismo tiempo esa prédica constituía una permanente advertencia a los ricos. En este sentido, la crítica marxista puede decir que, por medio de esa visión, habría dado un sentido más espiritual a la violenta lucha de clases: que él se había planteado la exigencia de transformar los antagonismos de clase, como problema político, en una cuestión ética. La crítica es correcta, ya que no deseaba la revolución, que para él estaba superada porque era innecesaria y perjudicaba un prometedor progreso (un progreso que anhelaba y que se preocupó de promover con toda la sinceridad del mundo); por todo ello, lo que resultaba consecuente, era pues tratar de dar un significado espiritual a ese desarrollo material. El cristianismo, así, parece como una necesaria revolución moral que se debe insertar en el proceso político: para él, es la levadura que debe entrelazar, tanto la política del día a día, como la idea de un objetivo social-capitalista que alcance a toda la tierra. La historia no ha respetado en absoluto su teoría, por lo que se refiere a la falta de atención puesta en la idea de un crecimiento sin límites. El liberalismo socializante que **Naumann** atisbó jamás se hizo realidad. La guerra, con la que había contado, por mucho que su estallido pudiera asustarle, llegó y finalizo de una manera muy distinta a como él la previó. El problema de la superproducción capitalista, o no lo vió, o no quiso verlo. Tampoco la cuestión de una producción que sobrepasa las necesidades. Ni siquiera tomó en consideración la sujeción del planeta al proceso industrial, como el peligro más serio que pudiera conducir a la destrucción de la superficie terrestre. Aunque en este caso debemos decir que entonces nadie estaba en condiciones de ser consciente de ello: un hombre mucho menos instruido y espiritual que él, **Schultze-Naumburg**, llego a tener una conciencia mucho más clara de esa cuestión. Y se puede decir, además, que abandonó el

terreno de la ciencia desde el momento en que rechaza las teorías marxistas, que intentan establecer una serie de deducciones lógicas a partir del análisis del desarrollo histórico sustituyéndolas por una interpretación «antropológica», cuyos fundamentos son: un inexplicable concepto de la «raza» y el incremento continuado de la demografía de un pueblo. Tenemos que añadir que, la lógica marxista, precisamente porque era lógica, le desilusionaba: pues no parecía tener en cuenta muchas de las singularidades del devenir histórico. Y tampoco se correspondía, según él, con ese momento de esperanza que hemos etiquetado como el del «crecimiento como principio» **(7)**.

En este sentido pues, siguiendo a **Posener**, es en el que podemos interpretar la teoría de **Friedrich Naumann**, con sus incoherencias y su realismo, con su brutalidad y su reformismo y, sobre todo, con su optimismo. Porque opinaba que, «las cosas, en cualquier aspecto, mejorarían día tras día, y que cada avance técnico se correspondería exactamente con el progreso en todos los ámbitos de la existencia, con lo que quedaría resuelta la cuestión social y la nacional» **(8)**.

Sólo si constatamos lo dicho anteriormente, podremos comenzar a valorar en su justa medida a **Naumann**. Hemos dicho repetidas veces que fue uno de los teóricos más influyentes de la Deutscher Werkbund. Si se hubiera dedicado realmente, como dice **Posener**, a tratar sólo de aspectos concernientes a la economía en la Werkbund, no tendría motivos de queja para que así se le considerase. Pero no le bastó con ello, y sus colegas de la Werkbund tampoco hubieran estado continuamente pendientes de lo que decía si, únicamente, se hubiera dedicado a plantear el papel tan decisivo que la Werkbund debía jugar en la conducción de la política de exportaciones de Alemania.

Proporcionó además algo más que un compendio para una sociología del arte y del artista, en esa época de progreso nacional en Alemania porque, precisamente, había que impulsar las artes, con lo que el artista saldría ganando gracias a la disciplina que se le impondría - o que él mismo se impondría, ya que compartiría sus premisas. Por lo tanto, también el arte encuadra la imagen que **Naumann** proyecta. Desde su punto de vista el provecho espiritual se daba la mano con el provecho material: todo lo que el espíritu emprende, según él, se plasma en el libro de contabilidad, y toda transacción comercial se convierte en un concepto espiritual.

**Naumann** mantuvo, desde luego, como ya hemos indicado al principio de este ensayo, una estrecha relación personal con el arte. De lo contrario no hubiera entrado en la Werkbund. Fue un perfecto observador e intérprete de la realidad. Viajó mucho y escribió muy sugestivamente acerca de sus viajes. En todo caso, «no fue un viajero al uso, un turista que hablase, por ejemplo, de la puesta de sol en Sorrento. Todo lo que quería experimentar, que eran cosas muy determinadas, lo que veía, oía, comprobaba, lo relacionaba con aquéllo que para él era lo esencial: la economía política. Ésta constituye el telón de fondo, a veces poco o, probablemente, nada perceptible, de cualquiera de sus charlas, de una descripción de un paisaje o incluso de una

semblanza. Y la economía política siempre aparece en él unida a la cuestión social y a la cuestión alemana, pues, en Alemania, la economía política era «lo nuevo»; y Alemania era, en el terreno de la economía política, también «lo nuevo» (lo que precisamente había empezado a crecer, y lo que entonces crecía y crecía)). Y hay que repetir que economía política y cultura van juntas, pues la cultura significa poseer un concepto por lo que se refiere al artículo de exportación y una política de exportación consolida una cultura; sí, produce la cultura. Eso era «lo nuevo», y la cultura alemana era «lo nuevo». Rastrear, tratar de descubrir «lo nuevo» fue la pasión de **Naumann** y las muchas cuestiones de las que se ocupó transmitían un valor intrínseco de novedad - o lo que es lo mismo, de lo que llevaba la impronta germana. Eso es lo que hace sus escritos tan estimulantes: por ellos corre el aliento de aquella época, que se presentía nueva y venturosa como pocas otras: ésto se trasluce de sus escritos de un modo extraordinariamente claro: uno de sus ensayos más bellos, «Der Geist im Hausgestühl» («El espíritu en el mobiliario de la casa»), de 1906, es la correspondencia ficticia que mantiene una mujer joven, que quiere amueblar su casa, con su inteligente tío (**Naumann**), que le aconseja al respecto. No sólo constituye un ejemplo del buen trabajo de diseño con las cosas pequeñas, tal y como aparece ese ámbito de experimentación entonces en Alemania, donde se encuentra también «lo nuevo» (aquí habría que mencionar a **Riemerschmid**). Muestra mucho más que eso: pone de relieve de modo entusiasta el cómo debía vivirse, aquéllo que la gente de la Werkbund entendía como concepto de vida. Habla contra las modas de la época, contra lo que era considerado «un simple negocio», proporcionando una nítida idea de sus inquietudes» (9)

**NOTAS**

(1) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege zu einer neuen Architektur» («Das Prinzip Wachstum: Friedrich Naumann»). Prestel. Munich 1979, p.50)

(2) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», pp.50-51.

(3) Julius Posener, «Berlin auf dem Wegw...», p.51.

(4) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», p.52.

(5) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», p.52.

(6) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», pp.52-53.

(7) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», p.53.

(8) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», p.53.

(9) Julius Posener, «Berlin auf dem Wege...», p.53-54.



## II. ANTOLOGÍA DE TEXTOS

**Friedrich Naumann: Neudeutsche Wirtschaftpolitik (La nueva política económica alemana) (1901)**

### 1. LAS TRES EXPLICACIONES DE POR QUÉ «SUBEN LAS OLAS» (DIE DREI ERKLÄRUNGEN, WARUM «DIE WELLE STEIGEN»)

¿Por qué suben las olas?, ¿por qué?. Tenemos que intentar conocer este proceso antes de poder impulsar la política económica.

Hay tres posibilidades, sin embargo, para explicar este proceso.

La primera explicación es, en esencia, ideológica, es decir, considera como primer factor de la nueva vida económica ciertas ideas que han dado vida al comercio entre los hombres, y lo han impulsado hacia nuevas vías. La segunda explicación es, en esencia, tecnológica, es decir, trata de comprender el proceso de conformación de los métodos, sujetos a continuos cambios, del trabajo, del comercio y del tráfico. La tercera explicación es, por así decir, antropológica, es decir, considera que el proceso principal de los nuevos tiempos es un incremento de la fuerza vital del hombre, cuyo primer signo distintivo es el aumento de la población. Ninguna de estas tres explicaciones excluye a las otras dos, más bien, la cuestión estriba en que, en los paises occidentales, aparecen, al mismo tiempo, nuevas ideas, nuevas técnicas y nuevas fuerzas físicas. Sólo hay que preguntarse a cuál de esas tres explicaciones hay que asignarle el primer puesto en el escenario de la nueva vida económica, ¿cuál es el «primum movens», cuál es la causa primordial de la Economía de los nuevos tiempos? Respondemos: ¡El aumento de las masas humanas, el incremento de las fuerzas económicas! Sin embargo, para delimitar y aclarar debidamente nuestra respuesta, tenemos antes que profundizar en las otras dos explicaciones posibles.

La concepción idealista o ideológica de la vida económica es una parte de la concepción de la Historia, que fue, y es, usual en todas las religiones y que, desde entonces se convirtió en patrimonio de todos los filósofos. Su idea fundamental es que las modificaciones habidas en el patrimonio ideológico del hombre, en sus creencias, su moral, su concepción cosmológica, sus concepciones jurídicas, se han debido al progreso o al retroceso históricos. Lo que, sin duda, ha posibilitado un patrimonio ideológico convertido en poderes históricos de primerísimo orden. Por abarcarlo todo con un sólo golpe de vista, ¡piénsese en todo lo que puede haber de explicación ideológica en las palabras Catolicismo, Islam, Protestantismo! Sin embargo, lo que ahora uno se plantea, no es qué derecho le corresponde en la consideración de la historia a la explicación ideológica (esto nos llevaría muy lejos dentro del marco de este trabajo), sino, solo, si se trata de una ocasión para ver en qué medida un cambio tan radical de la moderna vida económica es consecuencia, o no, de nuevas y determinadas circunstancias ideológicas. Pero aun con esta delimitación, la cuestión es demasiado amplia para una obra de carácter propiamente histórico. Se trataría entonces de preguntarse, si la corriente intelectual viva en Inglaterra, Francia y Alemania, en los siglos XVII y XVIII, a la que solemos denominar Ilustración (que alcanzó su zenit, por una parte con Rousseau y, por otra, con los norteamericanos de finales del siglo XVIII), fue la causa de las

fábricas, de los ferrocarriles, de la democratización de la vida, o bien si ya aparece ella misma como primer síntoma de un fenómeno presente y aún más profundo. Dicho de otra manera: ¿Son las ideas de la gran Revolución Francesa el motivo fundamental de nuestra transformación? Hay muchas cosas que parecen hablar en pro de esta hipótesis, especialmente si miramos los comienzos de la nueva era económica. Sin embargo, en contra de esta hipótesis habla, de modo decisivo y en primer lugar, el hecho de que sea Francia, el país en el que estas ideas surgieron de forma más genuina, donde el paso a la nueva época de la economía se realizase de modo más vacilante; en segundo lugar, que sea evidente que los principales impulsores de la nueva configuración económica, capitalista y técnica, hayan estado muy poco influidos por las ideas de la época de la Ilustración (como, por ejemplo, los Rotschild, Krupp, Siemens, Bismarck, y otros), en tercer lugar, que la nueva era capitalista y técnica se extienda actualmente, y en muchos casos, suprimiendo precisamente de nuestra visión los ideales de la Ilustración. El mundo de las ideas de la Ilustración puede considerarse, en consecuencia, como el ocaso de los días de la vieja Economía y como la alborada de una Nueva Época, pero no como la que encierra el contenido esencial, en todo su conjunto, de esta Nueva Época de capitalismo del hierro que ahora está surgiendo. Es decir, nunca antes vivimos una prevista gran difusión de la técnica del metal porque hubiéramos llegado a ser moralmente ilustrados, o porque nos hubiéramos convertido en individualistas. No cabe duda de que la Ilustración ha prestado grandes servicios auxiliares, pero sólo eso, servicios subsidiarios.

La Ilustración tecnológica renuncia a derivar a partir de la superestructura, de la ideología, la transformación que estamos viviendo. Por contra, considera las ideas en sí mismas unicamente como reflejo de procesos, cuya patria es la técnica del trabajo y, desde luego, de toda clase de trabajo. En su forma más precisa, esta ilustración tecnológica ha sido formulada por Marx y Engels, los padres de la Socialdemocracia. En ellos se denomina «concepción materialista de la Historia». Según esta explicación, la Historia de la Humanidad no es, en el fondo, más que la Historia de la vida económica, y la Historia de la vida económica es, en último término, la historia de las instrumentos de trabajo y de los modos de trabajar. En esta concepción se encuentran también verdades grandes e innegables. Es cierto que, hasta ahora, no ha sido posible atribuir la entera Historia anterior a fórmulas económicas, ni, a nuestro entender, podrá lograrse nunca; pero, mucho más allá de la bibliografía socialdemócrata, nuestro estudio ha resultado fructífero al vernos obligados, siguiendo a Marx, a establecer que la Técnica y la Industria son factores que determinan la Historia...

¿Quién diría que los medios técnicos de los grandes bancos, de las factorías siderúrgicas, y, sobre todo, los de la obtención del oro, del Ejército y de la Administración del Estado, no se han derivado, como resultado total, de la suma de las muchas pequeñas transformaciones que configuran los nuevos tiempos? ¡Baste con decir una sóla palabra, ferrocarril, para darse cuenta de los cambios tan radicales que descansan en las manos de la técnica! Si, a pesar de todo, no elegimos este punto de partida tecnológico, se debe a que los progresos técnicos específicos son un hecho que no puede entenderse desde un único punto de vista.

En tanto uno comienza a seguir el desarrollo técnico, se encuentra con que tiene manifestaciones muy variadas en su forma y que no se consigue definirlo suficientemente con fórmulas exiguas, tales como división del trabajo, penetración de la máquina, gran empresa, método de cálculo, sistema de libre contratación y otras fórmulas por el estilo. El progreso de la Técnica marcha simultaneamente por caminos distintos y no es, en modo alguno, idéntica en todas partes. Puede aparecer como división y como fusión, como reducción y como exaltación del trabajo humano. Y, ante todo: tampoco la Técnica por sí sola produce los cambios decisivos de los pueblos, en tanto que éstos mismos permanezcan idénticos, es decir, mientras los pueblos no crezcan. En los pueblos que no crecen, la época de la máquina y de la química sólo produce cambios superficiales. También ellos viajan en ferrocarril y leen periódicos, pero su masa humana obedece a lo que eran sus padres, sus ciudades se mantienen dentro de sus antiguos límites, son conservadores, por más radicales que parezcan sus actuales teorías. El ejemplo más claro de esto es Francia. ¿Por qué experimentamos nosotros esta nueva época de la Técnica de forma tan distinta, de modo mucho más profundo y considerable que los franceses, por qué llevamos a cabo la movilización de todo un pueblo, aunque nuestras teorías oficiales parezcan, en muchos casos, conservadoras? Porque se da en nosotros un crecimiento psíquico. ¡Las modificaciones del mundo del hombre parten de la niñez! Un pueblo se desarrolla en la misma medida que los niños. Por lo demás, cambia a peor si su técnica no se adecúa a una prole numerosa. En este sentido puede decirse que las dos fuerzas fundamentales de esta nueva época son las masas humanas y las máquinas, pero las masas constituyen la primera de ambas fuerzas.

Con ello hemos llegado a la explicación antropológica. De las tres clases que explican el progreso humano es la que menos se ha estudiado, pero es de la que se han ocupado los dirigentes de los Estados como política natural. Era sabido què hay que tener la población debida, la adecuada cantidad y calidad de hombres, para poder conseguir un objetivo. La economía científica de la nación, a su vez, no ha podido pasar por alto el problema de la población, pero, en la mayoría de los casos, no ha encontrado una postura adecuada para su tratamiento. En la mayoría de las obras de Economía Política, la cuestión de la población se discute como una cuestión más entre las otras y, en muchos casos, sin relacionarla con el resto de la teoría. Se comienza por los bienes económicos o por la organización del trabajo, pero no por el elemento primigenio de la vida económica, es decir, por el elemento humano. Y, si se parte del hombre, se empieza por representarlo como individuo económico que, en cuanto tal, tiene determinados anhelos y cualidades, que lo hacen aparecer como fuerza del desarrollo económico. Ello, en cuanto tal, es importante e imprescindible, pero hay algo que tendría que discutirse previamente: esa fuerza motriz, creadora de la renovación y el crecimiento, de la que dependen todas las realizaciones y cualidades económicas.

La primera idea de la concepción antropológica es una parte de la Filosofía de la Historia, que aquí sólo puede esbozarse: la Historia del Mundo es una historia de ascensión y decadencia de pueblos; de pueblos que llegan a una meta y de pueblos que declinan. ¿Por qué unos la alcanzan, por qué otros no? Se dice que la alcanzan cuando son jóvenes y declinan cuando envejecen.

¿Pero qué significa esto en los pueblos? Encontramos en ello cuestiones de una profundidad insondable. El tratamiento de las cuestiones raciales, a las que, en los nuevos tiempos, se dedican muchos esfuerzos, intenta iluminar la oscuridad, pero la penumbra es aun mayor que la luz. No podemos hacer otra cosa más que partir del hecho de que nosotros estamos en una época histórica de crecimiento, no sólo los alemanes, sino todo el mundo germano-eslavo. Viejas culturas se han derrumbado, los pueblos de origen romano ceden en importancia, pero los antiguos bárbaros se están convirtiendo en portadores de la cultura y en dominadores de la vida humana. En ellos hay voluntad y creatividad, voluntad de poder, voluntad de expansión. Esta voluntad existe, sin ella no surgen ideas y sin ella toda la técnica se adormece. El que nosotros tengamos esta voluntad es el punto de partida de una nueva política económica alemana. Todas nuestras teorías económicas no son, en el fondo, más que formas de expresión de esta voluntad.

Donde existe la voluntad de crecer todas las cosas aparecen de modo distinto a donde esa voluntad falta. Una situación de hundimiento es aquélla que no cree en el crecimiento y que, por eso mismo, detenta ideas distintas en su mente a las de una posición de auge, a las de una posición que pretenda conquistar el mundo. En todo pueblo existen, a la vez, componentes de decadencia y de ascenso, pero existe una gran diferencia dependiendo de cuál de ellos sostenga la posición de predominio. Un pueblo que progresa es aquél cuyas clases sociales en ascenso son capaces de conducir la vida económica. La política económica se lleva a cabo en lucha con las clases sociales en descenso. Sin embargo, las clases sociales en ascenso sólo son posibles allí donde existen cantidades en aumento.

Todo pueblo vivo tiene sus propias necesidades. Unos están llenos de necesidades porque no ascienden, los otros lo están, aunque pueda parecer paradójico, porque empujan hacia el progreso. Todo crecimiento produce dolores. Nuestros dolores están causados por el crecimiento. Entenderlos como tales es el comienzo de una doctrina económica que debe conformar voluntades. Nosotros salimos de tiempos antiguos, convirtiéndonos en un pueblo numeroso, que está obligado a utilizar toda la fuerza del vapor y toda la técnica y todo el entendimiento humano para poder vivir como tal. Los nuevos tiempos nos alcanzan como un suceso natural, dado que nuestra naturaleza posee en sí savia y vida. Surge de la profundidad creadora de nuestro pueblo. La masa humana fermenta, siendo precisamente ella la que nos impulsa, la que hace posible que todo, todo cambie, la que nos empuja a las grandes ciudades y al comercio mundial, la que determina nuestro orden del día, la que exige los nuevos derechos de una nueva vida. Querámoslo o no, las masas penetran nuestra existencia. Por ello estamos obligados a hablar de ellas...

**Friedrich Naumann: Neudeutsche Wirtschaftspolitik (Nueva política económica alemana). 6 Conferencias, Berlín 1901. Berlín 1902; Die menschliche Lebenskraft als Grundlage der Volkswirtschaft (La fuerza vital del hombre como base de la Economía Política). En: «Werke» (Obras). Tomo 3, Berlín 1966, p.80 y sg.**

## 2. MÁQUINAS Y MASAS (MASCHINE UND MASSE)

La transformación general de nuestra época se debe, como toda gran transformación, a causas muy distintas. Pero, si de entre las muchas causas distintas queremos entresacar las dos más importantes, éstas serían la máquina y las masas. Es decir, la máquina y las masas como los dos agentes fundamentales de transformación en una nueva era. La máquina, por una parte, o sea ese notable animal férreo, que ha comenzado a habitar entre nosotros bajo miles de formas distintas, desplazando, en parte, a los antiguos animales vivos, arrebatándole al hombre, en parte, las cosas de sus manos, realizando, con dedos multiplicados hasta el infinito y con una habilidad interminablemente creciente, que posee en esos dedos, los trabajos que el hombre había de realizar antes por sí mismo con su fuerza muscular, acarreando a través del territorio fuerzas, bienes y hombres; estas máquinas, cuya actividad podemos ver ante nosotros en los brillantes escaparates de nuestras calles, estas máquinas, son el primer factor de esta transformación. Pero la máquina no lo hace todo por sí sola. Si dirigimos nuestra mirada, por ejemplo, a nuestro pueblo vecino, Francia, vemos que allí la máquina se ha implantado también dentro de su marcha victoriosa, como en todo el mundo occidental civilizado, pero también vemos que, a pesar de todo, los cambios en la composición del pueblo, las transformaciones en el carácter de éste, son muy escasas, porque falta el segundo factor, el crecimiento de la masa. Basta con haber recorrido o atravesado las ciudades de provincia francesas y recorrer después las ciudades de provincia alemanas para ver que, entre nosotros, se ha construido y desarrollado mucho más la industria, que han surgido muchos más establecimientos fabriles. ¿Por qué? Porque el segundo factor, el crecimiento de la masa humana, es muy distinto en la margen derecha del Rin y en Alsacia-Lorena que en el lado francés. A la máquina acuden las masas; y la máquina llama al incremento de población, lo que ha supuesto en nuestra patria, en un año, un crecimiento de población de 900.000 habitantes, aumento que también tiene causa, en buena medida, en la disminución de la mortalidad de la población. Esto hace posible la existencia de fuerzas vigorosas, de una gran fuerza de trabajo, de una gran masa de trabajadores dispuesta para la era de la máquina. Y esta masa, esta nueva masa humana, es como la lava, que procede de los volcanes y que, dejando tras de sí una dura costra, cuando llega a las máquinas, deposita, al mismo tiempo, una capa superior, el empresariado, que crece más cuanto más crece la masa, que crece más y más con ella y con las máquinas, asentándose así, en la antigua población agrícola y artesana, la nueva población de los proletarios y de los empresarios como un componente que no se había visto antes sobre nuestro suelo y que jamás se había dado en nuestra historia de esa manera y con un carácter tan masivo. Este aspecto novedoso es, precisamente, el que le crea a nuestro pueblo los problemas actuales. Las masas y la máquina nos proporcionan un gran impulso, cada nuevo millón de habitantes conlleva nuevas posibilidades de desarrollo, y la conjunción de ambas cosas (más habitantes, nueva técnica) hace posible que decenio tras decenio surjan nuevas industrias y servicios, de modo que podemos mirar ya los inicios de la era maquinista como una época que estuviese perdiéndose en la niebla, como una época ingenua que diese paso a esta otra de actividad total y de crecimiento gigantesco.

Friedrich Naumann: Die politischen Aufgaben im Industriezeitalter (Las tareas políticas en la época industrial). Conferencia en la Asamblea de la Unión Liberal, celebrada en Estrasburgo en 1904. Publicada en: Die menschlische Lebenskraft als Grundlage der Volkswirtschaft (La fuerza vital del hombre como base de la Economía Política). En: Werke (Obras), tomo 3, Berlín 1966, p.2 y sg.

# Deutsche Werkstätten

Hellerau
bei Dresden

München
Wittelsbacherplatz 1

Dresden
Ringstr. 15

Berlin
Bellevuestr. 10
Königgrätzer Str. 22

Hannover
Königstr. 37a

Wir fertigen aus guten Rohstoffen vollständige Wohnungseinrichtungen und Einzelmöbel unter Mitarbeit von: Behrens, Bernhard, Bertsch, Mezger-Geldern, Gußmann, Hempel, Jos. Hoffmann, Niemeyer, Riemerschmid, B. Scott, Salzmann, Walther und anderen.

Verarbeitung von gegerbten Hölzern. Diese Hölzer werden durch ein nur von uns ausgeübtes Verfahren, ohne Auftrag von Beize, durch ihre ganze Stärke lichtbeständig verfärbt.

Wer Wert auf gediegenes Hausgerät legt und Freude an schönen Formen hat, den bitten wir, unser Preisbuch H 25 (handgearbeitete Möbel) M 5.- oder Preisbuch D 25 „Das deutsche Hausgerät" (enthält preiswerte Möbel) M 1.80, zu bestellen. Das deutsche Hausgerät ist das Ergebnis jahrelanger Arbeit, ein zweckmäßiges und geschmackvolles Möbel, dessen Anschaffung für jedermann möglich ist. Einzelne Zimmer von M 314.- an.



Wir liefern auch

**Stoffe, Teppiche, Gartenmöbel,**
**Beleuchtungskörper u. künstlerisches Kleingerät**

Publicidad de los «Deutsche Werkstätten» («Talleres alemanes»). Fuente: Anuario de la Werkbund de 1913, «Die Kunst in Industrie und Handel». Editorial de Eugen Diederichs, Jena 1913.

## 3. LAS VIEJAS Y LAS NUEVAS CLASES DOMINANTES (ALTE UND NEUE HERRENKLASSE)

En mi libro «Democracia e Imperio» («Demokratie und Kaisertum»),aparecido hace dos años, explicaba los cambios políticos debidos al crecimiento de la población en relación con la moderna política mundial. Ya hoy, algunas de las ideas de la futura Comunidad del nacionalismo y del movimiento popular democrático no parecen tan imposibles como entonces, porque estos dos años han demostrado, con claridad meridiana, que la gran política de Alemania no puede realizarse, a largo plazo, apoyándonos en la aristocracia agraria alemana. El gobierno es empujado hacia la izquierda incluso por los Agrarios. Pero aún les falta a los partidos de la izquierda una visión clara ante la posibilidad de que la política de Estado alemana sea conducida por ellos. Se han acostumbrado, desde hace mucho tiempo, a no considerarse responsables de los sucesos del conjunto de la Nación, como si ellos, como simples partidos de la oposición, no pudiesen convertirse en portadores de una voluntad nacional decisiva. La fuerza de los hechos demanda imperiosamente, sin embargo, que las mismas gentes que quieren quitarles la supremacía a los Agrarios, sean, a su vez, capaces de realizar lo que, hasta hoy, había llevado a cabo, a su manera, la antigua clase dominante, es decir, la política práctica alemana del momento presente. Los partidos de la izquierda tienen que sacar de sí mismos el sentido de responsabilidad, capaz de plantear los objetivos que puede alcanzar la Nación. Su especulación acerca de unos ideales a alcanzar para la Humanidad, totalmente incoloros y válidos para todos, tiene que dejar espacio a una comprensión realista del presente; los antiagrarios tienen que aprender a considerarse los responsables, a los que pedirán cuentas las generaciones próximas, de hacer factible la transición de la antigua Alemania agraria a la Alemania industrial-capitalista. En esta tarea tienen que colaborar unidos los obreros y los empresarios, a pesar de las diferencias que los separan. Si no se consigue esto, seguirá predominando una ideología como la de los Agrarios y se perderá irremisiblemente nuestra economía política. ¿Podrán hacer algo entonces los obreros y los empresarios; podrá hacer algo el pueblo en su conjunto, si pierden el tiempo con teorías que, aunque muy dignas, resultan atrasadas, cuando deberían dedicarse a realizar un trabajo fundamental para nuestro futuro?

**Friedrich Naumann: Neudeutsche Wirtschaftspolitik (Nueva política económica alemana) 6 conferencias, Berlín 1901. Berlín 1902; La fuerza vital del hombre como base de la Economía Política. En: «Werke» (Obras), Tomo 3, Berlín 1966, pp.80 y sg.**

**Friedrich Naumann: Demokratie und Kaisertum (Democracia e Imperio) (1900)**

## 4. INDUSTRIA-SOCIALDEMOCRACIA-FLOTA (INDUSTRIE-SOZIALDEMOKRATIE-FLOTTE)

Cada capitalista trabaja, naturalmente, en su propio provecho pero, quiérase o no, constituye un órgano que pertenece a todo el conjunto de la economía política. Está situado junto al manantial y bebe el primero, pero no puede impedir que la corriente económica que fluye siga corriendo a través de sus manos. El nivel de vida, relativamente bueno, de los obreros ingleses más cualificados se basa esencialmente en la idea de

capitalismo mundial que sostiene Inglaterra. En ello se ve, como en todas partes, que el Socialismo aumenta en la medida que crece el Capitalismo.

A partir de esta realidad, una democracia social debe asumir aquellos aspectos que ese desarrollo capitalista de la economía exige como fenómeno de conjunto. Entre esos aspectos se encuentra, sin duda ninguna, la Marina de Guerra. El poder comercial de Inglaterra construyó una flota que dominaba en todos los mares del mundo, y que le costó, en 1899, 499,5 millones de marcos. ¿Hacen esto los ingleses porque no tienen sentido práctico? Si leemos ahora que la socialdemocracia alemana combate la idea de tener una flota alemana poderosa, cabe preguntarse cómo se entiende el hecho de la existencia de la flota inglesa. O en Inglaterra conocen una tontuna sin límites, cuando llevan a cabo tareas de esa índole, que carecerían de sentido, o esa tarea es consecuencia de una necesidad práctica. En nuestro caso, una misma necesidad práctica comienza a tomar cuerpo, a no ser que queramos, sencillamente, sumarnos sin más al imperialismo internacional de los ingleses. Esta última idea puede ser considerada como correcta, desde el punto de vista internacional. En efecto, quien no dé ninguna importancia a la idea de germanidad (Deutschtum) querrá, indudablemente, dejar el futuro de la humanidad en manos inglesas. Pero ha de reconocer que, por este camino, las ventajas que proporciona el comercio mundial fluirán, hoy como ayer, en dirección de Inglaterra. Las riquezas fluyen hacia donde está el poder. Si Inglaterra posee y mantiene el predominio del comercio mundial, se apropiará de nuestro trabajo y nos pagará como le convenga. Es una consecuencia evidente de toda la historia económica hasta hoy, que un mercado de índole mundial necesita protección. Tenemos que exportar para poder importar. Nuestras exportaciones constituirán un factor de creciente competencia para el trabajo inglés en la propia Inglaterra y en todo el mundo. Por el bien de esta competencia tenemos que estar pertrechados, porque a los ingleses se les puede ocurrir dejar libres para nuestros competidores los puertos, las estaciones de abastecimiento de carbón y los tendidos eléctricos, y declarar una franquicia aduanera en sus fronteras. Conforme crezcan nuestras exportaciones, más aumentará la tensión entre las naciones que entran en competencia, y dado que de muchos pequeños puntos de rozamiento surge electricidad de signo contrario, un día podríamos preguntarnos si no estaríamos obligados a pagar un tributo por pasar frente a Gibraltar y Suez.

**Friedrich Naumann: Demokratie und Kaisertum (Democracia e Imperio). Berlín 1900; Obras, tomo 2, Berlín 1966, pp.324 y sg.**

## 5. EL EMPERADOR DE LA FLOTA ES EL EMPERADOR DE LA INDUSTRIA (DER KAISER DER FLOTTE IST DER KAISER DER INDUSTRIE)

¡... por fin, por fin ha entrado Alemania en el camino de convertirse en una gran potencia marítima, por fin se cumple la esperanza de la democracia, por fin tenemos al Kaiser (emperador) situado al lado de su pueblo; un pueblo que se consagra al comercio, al que ama y al que representa brillantemente en los asuntos que le afectan, justo cuando se niega la democracia y se la deja de lado!. Porque las asociaciones liberales defienden la construcción de una Flota, pero ¡los demás partidos de

izquierda la rechazan!. ¡Es una pena y causa un profundo daño!.

En ningún otro ámbito, como en éste, es tan clara la voluntad del Kaiser, ni tan absolutamente necesaria desde el punto de vista de la Historia de cara a todo el conjunto de la nación. Con sus ideas sobre la flota se postula como educador de la nación, defiende la vía hacia el industrialismo y rompe definitivamente con la tradición agraria. Desde que el Kaiser ha alcanzado a comprender la importancia de una ampliación de la flota, su poder de guía espiritual, de guía intelectual del pueblo alemán ha crecido notablemente, porque es ahora cuando toda Alemania ha visto que no se trata de realizar un tarea cumplida a medias, de llevar a cabo una tarea ligera que alivie el «tedio del Imperio». Así pues, los alemanes tenemos ya de nuevo un ideal práctico-político, creemos en nuestro futuro nacional y confiamos en quien nos lo muestra. Quizá resulte insólito que un hombre, que se cuenta entre los que se adhieren a la corriente general de la democracia, hable tanto y tan bien del Kaiser, tal y como lo hago yo ahora. La desconfianza puede que atienda a cada una de estas palabras y piense que quien las pronuncia posee alma de cortesano. ¡Pero no, este no es el caso! ¿Quién más se opuso al proyecto de correccional, quién estuvo decididamente en contra de las palabras del Kaiser cuando la huelga de Hamburgo?: el mismo, precisamente, que al hablar de la flota alemana y del futuro alemán se siente feliz de poder alabar a ese mismo Kaiser, un Kaiser a quién no ha sacrificado, como pastor político, el derecho de poseer unas determinadas convicciones políticas?.

Y por eso mismo, con total libertad e independencia por lo que a mi persona se refiere, descubro el hecho de que nosotros, los alemanes, tenemos que estar contentos de tener un Emperador como el que tenemos: el Emperador de la Flota, el Emperador de la Industria.

**Friedrich Naumann: Demokratie und Kaisertum (Democracia e Imperio). Berlín 1900; Obras, Tomo 2, Berlín 1966, pp.328,329.**

## Friedrich Naumann: Neudeutsche Wirtschaftspolitik (La nueva política económica alemana) (1901)

### 6. LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCIÓN (BAUINDUSTRIE)

Quien haya vivido la ampliación de Berlín o de cualquier otra gran ciudad y tenga, además, algún tipo de preparación general sobre economía política, siempre se asombrará, por lo que se refiere a la construcción de viviendas, del trabajo artesano, realizado siguiendo procedimientos tradicionales. Casi nunca es la misma Empresa la que construye un bloque completo, situado entre cuatro calles, según planos de conjunto. Diez, doce, quince empresas constructoras se reparten las parcelas. Cada una construye edificios según su criterio, independientemente de que estos edificios sean totalmente impersonales y se diferencien sólamente en detalles sin importancia. Lo que acarrea consecuencias nefastas para todo el conjunto. De ese modo se pierden todas las ventajas que afectan a la calefacción central y al alumbrado, a la administración y a los servicio comunes, a los locales que pueden alquilarse para reuniones sociales. No hay nada más provinciano que mantener la vieja idea de «casa», en una época en que la casa, como tal, ha dejado de constituir un elemento unitario en cualquiera de los

barrios de alquiler. Lo que hoy se impone es la vivienda individual, no la casa. Los daños que, para la realización artística de la calles, ocasiona el actual sistema, supone ya de por sí mismo una cuestión a considerar. Pensemos ahora en el fenómeno económico, que todos hemos apreciado en la industria pesada, en la banca, en el comercio, un fenómeno que, sin embargo, los grandes organizadores han dejado de lado en este campo. Las empresas constructoras para ferrocarriles, canales, carreteras, puentes, fábricas, instalaciones de exposición, han crecido enormemente, pero la construcción de viviendas aparece ante nuestros ojos desprovista de talento y carente de organización. Se ejerce, en cuanto negocio, con una dedicación de carácter tradicional, pero, desde el punto de vista de sus infraestructuras, no ha llegado a integrarse en los nuevos tiempos. ¡Pensemos en mentes como las de Siemens, Krupp, Ballin o Wertheim incorporados a la industria de la construcción! Su ausencia de ella ha de explicarse, por fuerza, por algún motivo de índole práctica. ¿Se deberá a que la construcción es una actividad de temporada? Todas las empresas de temporada tienden a la creación de entidades de pequeño tamaño. ¿O se deberá, más bien, a que el capital necesario en el negocio de la construcción es relativamente poco constante, ya que los mejores albañiles pueden crear fácilmente una empresa propia? ¿Es la empresa de construcción, de por sí, menos rentable que otras empresas?. Todo ello puede explicar la cuestión. Pero creemos que la causa principal reside en el hecho de que la empresa de construcción se ha visto poco influída por la máquina de vapor. Centros de producción en los que no se utiliza ninguna central energética suelen permanecer también descentralizados desde el punto de vista del comercio. Esta situación supone, en todo caso, colocar una barrera casi total a las ideas de estatalización, aparte de un temor al aumento del poder absoluto del Estado, ya que la estatalización sólo se alcanza allí donde se hace efectiva la tendencia a la centralización.

Tenemos que contar, pues, con que se mantendrá durante mucho tiempo la situación de singularidad de la industria de la construcción, y que este estado significará (lo mismo que la multiplicidad de detallistas en el comercio de mercancías) un cierto encarecimiento de la vivienda ya que, cada uno de los numerosos empresarios de la construcción pretende obtener beneficios para sí, sin pensar en el interés general. Lo que, por desgracia, impide la reforma de la industria de la construcción. Esto lo comprenden los distintos grupos de reformistas de la vivienda y, por eso, dedican sus energías, no a la organización de la construcción de viviendas, sino a la cuestión de los precios y, por lo tanto, de las rentas del suelo. Su crítica no se dirige a las empresas constructoras sino a los propietarios de los terrenos.

**Friedrich Naumann: Neudeutsche Wirtschaftspolitik (Nueva política económica alemana) 6 conferencias, Berlín 1901. Berlín 1902; La fuerza vital del hombre como base de la Economía Política. En: «Werke» (Obras), Tomo 3, Berlín 1966, pp.151,152.**

**Friedrich Naumann: Kunst und Volkswirtschaft (Arte y Economía Política) (1912)**

## 7. ARTE Y ECONOMÍA POLÍTICA (KUNST UND VOLKSWIRTSCHAFT)

¿Qué es lo que ha cambiado? Han cambiado **los promotores**, han cambiado **los artistas, los artesanos** y también los **métodos de producción.** Sólo quien mire con ojos bien abiertos verá por sí mismo que todo ha cambiado: sobre una base tan distinta, crecerá un arte nuevo, o no existirá arte alguno...

El **promotor** es quien paga el Arte. Pero por lo que se refiere a la palabra «pagar», ésta detenta un sonido demasiado moderno, ya que una gran parte del arte antiguo, tan magnífico, no ha sido nunca pagado, al menos tal como lo entendemos nosotros, ya que las circunstancias en que surgió ese arte de tiempos pretéritos suponían relaciones diferentes, de señorío o patriarcales...

¿De dónde proceden ahora las **nuevas tareas**? Como primer promotor de conjunto aparece lo que yo denomino **«el Colegio»** (das Kollegium). Puede tratarse de un Colegio ministerial, puede que también de un Gobierno imperial, o de la Dirección de una Escuela o de una Diputación municipal, puede tratarse del Consejo de Administración de una Sociedad Anónima, o de una junta directiva de una Sociedad naviera, o de muchos otros organismos de índole análoga más. En todas las grandes industrias se construye a diario, y casi a diario se crean comisiones que deciden qué hay que construir y cómo. Y cuanto más crecen las industrias, más se colectivizan, más se adecúan a las nuevas y normales formas del hombre moderno. Se dice: yo tengo participaciones en la empresa, tú tienes participaciones, él tiene participaciones, y nosotros también poseemos participaciones. Sobre esta base se toman en común las decisiones acerca de todo aquéllo que hay que producir. Sobre esos fundamentos, en efecto, es como surge para nosotros una demanda social mucho mayor que la que se daba en tiempos pasados. Ninguna época anterior se ha aproximado, ni siquiera de cerca, a la cantidad de encargos arquitectónicos como la que se produce hoy en día. Se construyen estaciones de ferrocarril, puentes, hoteles, viviendas, sanatorios, grandes edificios e instalaciones quién sabe para qué actos públicos, escuelas gigantescas y cuarteles y edificios ministeriales. ¡Surge una demanda que no tiene límites! ¿Qué período de prosperidad ha sido tan dichoso de poder concluir una cantidad tan ingente de obras como la que estamos construyendo, cúando ha existido un período de crecimiento como el período en que nos encontramos ahora?. La edificación actual, sin embargo, raras veces va en vanguardia de modo que una sola persona pueda aprehenderla en todos sus detalles hasta el final, dado que se procede siguiendo una serie de pasos: en primer lugar, se toma una determinación fundamental, luego se pasa a la adjudicación, después viene el examen de los datos, posteriormente se decide si procede o no dar por bueno el proyecto, para discutir luego las modificaciones de los planos y los condicionantes. En definitiva, esto implica, exactamente igual que en política, colegiadamente, la existencia de **un compromiso**. Se debe, en efecto a la naturaleza del sistema colegiado. Desde que casi todos los encargos se determinan sobre una base colegiada, se llevan a cabo basándose en un compromiso. Con esto no se quiere censurar nada, presuponiéndose la buena voluntad de todos los que participan en ella. Aquí sólo se trata de explicar las dificultades que radican en el sistema actual en cuanto tal.

También se da la **iniciativa del individuo particular.** A éste debe considerársele hoy como promotor en mucha mayor medida que antes, ya que nunca se había enriquecido tanto el individuo particular como en los últimos decenios. Los edificios que muchos individuos particulares construyen hoy en torno a Berlín y Hamburgo, en los alrededores de nuestras ciudades, dando forma a una auténtica corona de edificios, los hubiésemos denominado antes palacetes. Hoy se prefiere llamarlos «villas». Se intenta así buscar una expresión más ajustada, para denotar con ella, siendo benevolentes, una intención artística. En resumen, hoy gozamos de una gran cantidad de riqueza, depositada en manos privadas, y que está dispuesta a dedicarse a la construcción de edificios. Pero carece de tradición. Tiene dinero, tiene buena voluntad, pero no puede aportar pasado alguno, no posee ningún prestigio, y tampoco tiene necesidad de hacer alardes o transmitir su esplendor. Mientras los señores de épocas anteriores sentían la necesidad de manifestar con signos externos su distinción, hoy ocurre precisamente casi lo contrario. Todos aquéllos que gobiernan basándose en acuerdos contractuales - y me refiero con esto a todos los capitanes de la industria y el comercio- sienten hasta la apreciable necesidad de aparecer entre el resto de ciudadanos corrientes como personas modestas y de trato afable. Quien conozca, aunque sólo sea superficialmente, a la generación actual de capitanes de la industria, sabe que son muy raros los que se hacen preceder por seis lictores y siete portadores de antorchas y algunos heraldos con trompetas. No es esta la forma en que hoy se presentan nuestras empresarios. Los hombres que hoy conducen las mayores empresas dicen al artista: ¡haga usted mi casa con una apariencia bien ordenada, pero sin ostentaciones! Ha de ser cómoda, útil, práctica y, por eso mismo, también bella. Además, ha de estar acabada en un plazo determinado. No es que estos industriales no quieran gastar nada de su dinero, pero están acostumbrados a desarrollar sus empresas paso a paso. Prefieren invertir sobre seguro, porque así saben lo que tienen. El antiguo sistema de hacer un encargo y probar cómo resulta, y una vez hecha la prueba volver a hacer un nuevo encargo, les resulta demasiado prolijo; el tiempo es oro: «¿Dónde está su almacén? Por favor ¿qué es lo que se lleva ahora? Quiero lo mejor». ¡Y recibe lo mejor y no tiene problemas para pagarlo!...

Estamos por lo tanto en los inicios de una nueva situación; ha cambiado el promotor y, con él, también la condición del artista se ha modificado. ¡Hablemos, pues, ahora, de cómo ha cambiado el artista! En la Iglesia, bajo el poder de los obispos, al servicio de los príncipes, el artista era, en muchos casos, **un simple empleado...**

Pero había una segunda variante a la que voy a referirme. Era aquella en que el artista, a veces por cuenta propia, estaba **ligado a un gremio,** integrado en hermandades, o en comunidades de constructores. De ambas formas, ligado por una relación contractual, por medio de su gremio, el artista tenía algo que nosotros denominaremos, para entendernos, «disciplina»...

Los nuevos tiempos hicieron saltar por los aires las antiguas relaciones. Los artistas se liberaron; se liberaron de los príncipes y de los gremios. Según mi tesis, se convirtieron en los **«así llamados artistas libres».** Con estas palabras no quiero molestar a nadie sino, sólamente, indicar que, en su interior, la libertad contiene también una buena

parte de decepción. Son tan libres aquellos cuyo éxito los ha encumbrado tanto, que se permiten incluso rechazar un bello encargo porque, en su fondo, esa tarea no les satisface...

Internamente, el hombre quiere mantenerse libre, pero la fuerza de las circunstancias que le rodean no lo hacen posible. Tendría que decirse: no hay nada que hacer, soy, ciertamente, un artista libre, pero estoy en el mercado y, si nadie compra lo que hago estoy perdido; ¡sólo tengo una existencia y necesito clientes! ¿Qué hacer? Y entonces aparecen los graves riesgos del artista individual. Tengo que distinguirme por algo especial. Mediante una lenta evolución llega uno, poco a poco, a distinguirse. Utilizando formas manieristas y singulares es posible llegar más rapidamente, bajo determinadas circunstancias, a la superficie. ¡Hay tantos! Hay tantos entre los arquitectos y los diseñadores de muebles, que los podemos encontrar de sobra en cualquiera de las grandes exposiciones artísticas...

La lucha por la competitividad de cada artista individual tiene también, como consecuencia, que la calidad, que no todos son capaces de juzgar, sea cada vez peor, porque dentro de esa competitividad se podrá llegar más lejos si el objeto aparece externamente igual de bello y además resulta más barato. Se le da la misma forma artística, pero se le priva de su propia materia. Si un Vandervelde ha hallado una nueva, bella forma, no supone ningún mérito copiar esa forma con mano algo temblorosa, dándole una curvatura algo más pronunciada. ¡Y esto se considera una aplicación de la nueva belleza en consonancia con nuestra época! El material no se somete a ningún control preciso. ¿Qué comprador conoce el material?. El material es algo que no se aprende en la escuela; en efecto, su conocimiento ni concierne a la antigüedad griega, ni tampoco requiere ninguna explicación. La mayoría de la gente carece de un conocimiento del material, y, si un artista sin gremio lucha por su existencia, sentirá una tentación irresistible de decir: ¡Hilar un par de hebras más o menos no tiene importancia!...

**Mientras los artistas estén tan desorganizados, mientras entren en competencia de la manera en que ahora lo hacen, como enemigos y adversarios, con ofertas a la baja frente a todos los demás, ningún arte auténtico y puro podrá alcanzar su cima, ni podrá mantenerse ninguna condición honrosa y sin mancha...**

**El Arte constituye un fenómeno social.** Una consideración puramente individual de un fenómeno social conducirá siempre a resultados erróneos. ¿Que significado alcanza cualquier fenómeno social?. ¡Pensemos en la lengua que todos hablamos! Ninguno de nosotros la ha creado, pero todos trabajamos con ella, todos la utilizamos, unos con más dedicación, otros con menos; la lengua discurre entre nosotros como algo común, que transmitimos de padres a hijos. Que llevamos con nosostros mismos, que reconstruímos, que también dilapidamos y que descuidamos, que elevamos o dejamos que decaiga, pero nunca es obra de un solo hombre. Lo mismo sucede con el Arte...

Si uno pronuncia, con todo respeto, el nombre de algunos hombres eximios, puede pensarse, con toda razón, que han tenido que pasar tres o cuatro generaciones para que apareciese uno sobresaliente. El nombrar al más destacado es sólo una manera de ser breve, porque quien entiende lo que supone la actividad artística, y la vive por dentro, sabe que es

uno, el más sobresaliente, el que recoge la cosecha, aunque otros, antes que él, hayan sido los que han plantado los árboles, los que los han cuidado y los que los han hecho florecer...

Por lo tanto, se nos plantea una cuestión: **¿pueden, realmente, asociarse los artistas?** Resulta más fácil organizar a los mil obreros de una fábrica y a los cien empleados de un comercio que a diez artistas, porque los artistas, en cuanto individuos creativos y sensibles, sienten la necesidad de ser apreciados individualmente, y poseen una fuerte inclinación hacia el buen gusto, que les diferencia de los demás. Sería una ilusión creer que los artistas pueden unirse de golpe para constituir una asociación artesana: ¡artistas, uníos!. ¿Dónde se yerguen hasta hoy las columnas?. Sí, resulta tremendamente difícil, en efecto, colocar a los artistas unos junto a otros, para trabajar codo con codo. Por así decir, se necesita intercalar entre ellos a gentes de otros ámbitos. Por este motivo, entiendo que es mucho mejor que, dentro de la Werkbund no se encuentren solos los artistas, sino que figuren a su lado empresarios y gentes que representen otros intereses. Y este material de relleno entre las columnas resulta pues necesario para que el conjunto adquiera estabilidad y apariencia...

Comienza así la posibilidad de organización y con la organización surge una nueva posibilidad de educación porque, ¿quién puede hoy, cuando se ha perdido la unidad del comitente, mantener el lenguaje formal, si no es la comunidad de los artistas, trabajando juntos y en competencia? Lo que podemos determinar es la **diferencia entre el Arte y el No-Arte**. Pero tampoco se puede tener siempre un criterio totalmente cierto acerca de esta cuestión, pues se dan innumerables casos en que cualquier artista que trabaja adecuadamente, sin más, prescindiendo de toda tendencia, dice: ¡esto es pura porquería! Y hay muchas ocasiones en que este juicio tiene que expresarse, lisa y llanamente, ante el público, pues en nuestros debates sobre arte no se trata de discutir sólo de diferencias de gusto, sino que han de versar, más bien, sobre diferencias reales de capacidad. Crear arte quiere decir también que se es capaz de hacer algo con propiedad, que se puede trabajar debidamente el material con que se trata, la madera o la piedra...

Tenemos un ejemplo histórico sobre el concepto de artesanía artística, el **movimiento de reforma inglés de los años sesenta del siglo pasado**: Ruskin, Morris. Hoy se pueden comtemplar aún sus edificios, pero en su interior no hay nada que nos produzca el efecto de permanecer vivo...

El movimiento inglés era romántico en el sentido de que quería volver atrás, a un mundo artesanal, ya periclitado, sin máquinas. Estos ingleses pensaban que la máquina era un pecado original del hombre y querían recuperar el paraíso perdido volviendo a realizarlo todo con procedimientos artesanales. Por eso odiaban todo lo que se moviese gracias a la máquina, sólo el brazo humano estaba legitimado para hacerlo, la cuchilla mecánica tampoco era válida, sólo el cincel y el punzón que esgrimiese el hombre con sus propias manos. Querían que el calor de la mano del hombre se dejase sentir en cualquier rincón y en cualquier hendidura de su vida; querían telas tejidas a mano; la presencia, en definitiva, del trabajo manual en todos los ámbitos. Seguramente que, al principio, había en ello algo de encantador. Pero cualquier máquina es, cuando aparece, más imperfecta que el trabajo manual a reemplazar más perfecto; y es que la máquina «aprende», se

perfecciona, lentamente, pues no llega a «aprender» hasta pasados 10 a 20 años. Quien esté atento a la evolución de muchas máquinas se dará cuenta de con qué lentitud aprenden. Ciertamente que, una vez aprendido aquéllo para lo que están concebidas, lo realizan a la perfección; esa es la diferencia con el hombre. Cuando una máquina ha logrado perfeccionarse, conserva la facultad de poder realizar su tarea, pero su perfeccionamiente ocurre paso a paso. Las primeras medias fabricadas a máquina eran tan bastas, que una dama ni siquiera podía ponérselas; hoy no existe nada más fino que las mejores medias fabricadas industrialmente. ...Sin embargo, el movimiento de reforma inglés surgió ya tras los primeros momentos de la Revolución Industrial, y se situó junto a la máquina, pero en un período en que las máquinas no habían aprendido tanto... así y todo, se consiguió no que las máquinas se parasen, sino que fabricasen mucha porquería en serie, hecho sobre el que la artesanía no podía influir en modo alguno...

El arte era, pues, una cuestión, otra el discurrir del mundo. Se dijo, ¡el mundo está perdido, se ha entregado a la máquina!. Este pietismo, trasladado a lo artístico, este aferramiento romántico a un pasado perdido suena muy bien, desde luego, resulta muy íntimo, pero sólo unos pocos pueden acceder a ello. Guarda dentro de sí un amable encanto y un fuerte atractivo pero, por esa vía, el arte en su conjunto no progresa...

Si, por lo demás, uno quiere enfrentarse a la máquina, hay que volver mucho más atrás, hasta la época de Carlomagno y fabricar las mercancías como se hacían en Francia, por ejemplo, en las escuelas monacales. En pocas palabras, no existe momento alguno, en la historia de los instrumentos técnicos que ha manejado el hombre, del que pueda decirse: hasta entonces las herramientas humanas eran nobles y a partir de ese momento fueron innobles.

Tampoco existe ninguna fecha exacta que dé noticia del nacimiento de la máquina. Toda máquina no es más que una nueva aportación que se añade al artefacto antiguo; una nueva rueda, un nuevo cable, una nueva combinación de elementos técnicos, y surge un ser vivo nuevo, que denominamos máquina. ¿Qué lugar debe entonces reclamar el arte?, ¿no tengo yo nada que ver en ello?. **Arte quiere decir aprovechar todos los medios auxiliares, utilizar intelectualmente todos los medios auxiliares, emplearlos sin pausa y colmarlos de espíritu.** ¿Acaso no pueden hacerse las cosas más gandiosas utilizando los mejores medios auxiliares?...

Pero, oímos, ¡la máquina no hace más que reproducir! Gracias a la máquina, las mismas cosas se repiten con mucha frecuencia, cien veces, quinientas, mil veces; los objetos se desvalorizan porque existen y se reproducen en gran cantidad. Ciertamente que así pierden su valor de singularidad, pero no su valor real...

Si se diferencian ambos conceptos, **en la reproducción no hay, en sí mismo, nada antiartístico**. Acaso el espíritu retroceda algo. Esto hay que tomarlo literalmente. Es decir, el espíritu, que antes tomaba cuerpo en las puntas de los dedos, se encuentra ahora en el proyectista de la máquina o en el que le da el encargo a la máquina. El espíritu vive tanto como antes, aunque esté presente en otro lugar y aunque retroceda un poco. En todo nuestro trabajo se muestra este proceso. El espíritu ocupa cada vez más la retaguardia del frente. Si vamos a una gran fábrica de telares, ronronea y susurra y el trabajo surge como

quien no quiere la cosa. Hay grandes fábricas de telares mecánicos que se cierran durante horas porque se alimentan por sí mismas; ¡se trabaja sin parar! ¡se teje! ¿por qué se teje? porque antes ha habido gente que ha pensado en ello y ha hecho que las máquinas funcionen. Y quién puede negar que en todo ello no lata el arte, la capacidad creatividad, exactamente igual que vive en las grandes empresas comerciales, donde esa misma capacidad, la administración y el arte se dan con creces.

Dado que ahora el viejo trabajo artesanal se ha escindido en dos partes, que por un lado está el artista y por otro el empresario, ambas partes tienen que confrontarse constantemente y asimismo reencontrarse. Por eso la Werkbund trata de ayudar a ese reencuentro mutuo con encargos y contratos y trata, al mismo tiempo, de promover unas relaciones normales de empresarios con empresarios, de modo que los empresarios se encuentren entre sí. **Todos los promotores artísticos tienen un interés común.** ¿Quién querrá aportar al público un buena mercancía si no se da esa conciliación de intereses?. Deben y tienen que proceder de mutuo acuerdo para eliminar todo lo que en las tesis que sostengo he denominado «inmundicia artística». Tienen que constituir en común el Areópago de las directrices artísticas; no necesitan proceder como si fuesen jueces de divorcios, pero han de saber apreciar, en todo y sobre todo, la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo real y lo irreal, y han de cuidarse de no ser asociaciones de empresarios en el sentido habitual de la palabra...

En este sentido, he de decir aún algunas palabras sobre el **trabajador.** Los trabajadores empleados en industrias de calidad no deben ser tratados como campesinos o como peones camineros. Este trabajo, también necesario, exige, por supuesto, un salario digno y requiere unas condiciones de salubridad esenciales para la vida. Pero el trabajo artístico exige todavía más. Puede afirmarse con total rotundidad, siguiendo una de mis tesis, que «si se trata de que el trabajador de una industria de calidad contribuya como fuerza auxiliar al arte, necesita unas condiciones de vida superiores a las del simple proletario».

En todas las industrias integradas en la Werkbund hay, naturalmente, muchos trabajadores auxiliares que nada tienen que ver con el arte, que se limitan a desplazar de acá para allá grandes cantidades de cosas, a transportarlas, a cargarlas, etc. Para ellos rigen las leyes generales de la lucha por la vida y las normas político-sociales como para cualquier otro trabajador, pero a aquéllos de quienes se exige una colaboración artística, también hay que apoyarlos en aras del arte. Hay que ir más allá de lo prescrito en política social, de lo contrario no se propiciará esa **temperatura de colaboración,** sin la que, nada de lo artístico, puede llevarse a buen término. No hace falta decir lo que puede malbaratarse y desperdiciarse trabajando con unos materiales valiosos, sin que el daño ocasionado sea intencionado, de no existir el necesario y propio interés; lo que pueden estropearse, envilecerse, embrutecerse, los conceptos artísticos más refinados, si no existiese el propio amor por la forma. Cuántas veces se sienta el artista a dibujar y piensa: esto o aquello estaría bien si la gente fuese capaz de realizarlo, pero me lo harían mal; por eso prefiero simplificarlo; ¡si lo dejase como debiera, no me lo harían correctamente!. También puede que diga: ¡lo concebiré como creo que debe ser, porque existe el empresario capaz de hacerlo y además tiene el obrero apto para ello!.

Es como cuando se escribe un papel para un actor. Así, se puede concebir, en efecto, un dibujo para un trabajador del que se sabe que es el perfecto correlato del dibujo que se ha hecho. Cierto es que, esta educación, presupone que existe un individuo de nivel superior al del simple proletario. Uno de nuestros amigos dijo, en cierta ocasión: «nadie será capaz de fabricar una buena silla, si él mismo no posee em su casa al menos una silla de calidad». Y añadimos: el trabajador no tiene ningún sentido del valor de un objeto bello si, dentro de su ambiente, no conoce más que la colcha usual hecha con los retales de tela de algodón acostumbrados y el vestido de diario de su mujer. No hablo de pobreza, unicamente de la más absoluta monotonía, carente por completo de contenido, y que el hombre modesto y normal puede adquirir con el poco dinero que posee.

Quien vive en un ambiente desprovisto de forma, puede ser, aún contando con ese ambiente, honrado, sincero y leal, si no tuviese otra posibilidad que la de vivir en una chabola. Pero, si se quiere que su discernimiento en materia de arte progrese, entonces ha de que procurarse que, en cuanto colaborador en el proceso artístico, sea también persona. Hay que admitir que el trabajador, en cuanto colaborador en el proceso, también tiene necesidades estéticas. Y éstas, precisamente, no deben comenzar en el momento de la declaración de la renta, sino que han de comenzar antes. El futuro de todos nuestros esfuerzos depende, en gran parte, de que sea posible que los trabajadores y sus sindicatos participen en la experiencia artística del presente. Una buena escuela resulta fundamental, pero la escuela no sustituye a la carencia de un adecuado ambiente para la propia existencia. En esto consiste la labor de la Werkbund.

**¿Qué puede, pues, hacer la Werkbund y qué es lo que no puede hacer?.** Ante todo, está claro lo que no puede hacer. La Deutscher Werkbund no podrá crear jamás una obra artística pero, ¡acaso ella misma pueda llegar a serlo algún día, si Dios así lo quiere! Pero no puede crear obra alguna de arte; eso lo hacen los artistas, los empresarios, los trabajadores. La Werkbund es una organización. Tampoco debe dar directrices, en el sentido de propiciar un nuevo estilo. De ello sólo se desprendería que surgiría una nueva moda, que sería desplazada de nuevo por la moda siguiente. ¿Quién puede decidir cuál es el estilo correcto? Ahora se exclama: ¡ Artistas, uníos, sentaos juntos a reflexionar, queremos concebir nuestras ideas con vosotros para tratar de ver qué es lo que es adecuado desde el punto de vista del estilo! ¡Esto estaría bien! ¡Pero de ahí podría surgir la Torre de Babel, que echaría por tierra todo nuestro trabajo! Dejad que cada uno conciba a su manera, ¡pero integrado en la realidad! Y ahora nos tropezamos con la cuestión de la organización: hay que mantenerse unidos frente a las diferentes Administraciones, frente a los grandes promotores, frente a las exposiciones conjuntas, frente a la literatura común; y que cada uno conozca a los demás y pueda aprender de ellos! En cuestiones artísticas, el aislamiento es, en muchos casos, una enfermedad.

**TESIS**

1. Si el presente quiere equipararse en algo al mejor arte de épocas anteriores, no debe imitarlo ni copiarlo, sino que debe **configurarlo de nuevo**, ya que las condiciones de existencia del arte se han modificado.

2. La configuración artística de una época depende de los promotores, de los que lo producen y de los procedimientos del trabajo artístico. **Los signos distintivos de la nueva época son, la democratización del promotor, la capitalización del productor y la mecanización de los procedimientos de trabajo.**

3. Los antiguos **promotores**: los príncipes, la Iglesia y la nobleza han pasado a un segundo plano frente a los Consejos de Administración, las Autoridades y las Sociedades Anónimas, por una parte, frente a los particulares enriquecidos por el comercio, por otra. De esta manera, el gran arte pierde monumentalidad, tradición y carácter representativo, y recae en manos impersonales o sin tradición. Su finalidad se entiende más en la utilidad que en la dignidad. Mientras antes los promotores, en muchos casos, formaban a los artistas, da la impresión de que hoy ocurre lo contrario.

4. Los antiguos **artistas** estaban empleados o eran miembros de asociaciones gremiales. Por causa de que se convirtieron en sedicentes artistas libres, perdieron disciplina, aunque ganasen en individualidad y en sentido económico. Esto produjo, en parte, su inclinación hacia el manierismo, la moda, el sensacionalismo y, en parte también, el desengaño acerca de la pureza y calidad del material, de la forma y del color. El avance hacia un nuevo período artístico depende, sobre todo, de la capacidad de **organización de los artistas libres**, porque el arte ya no podrá ser mejor si, como tarea, se acomete individualmente.

5. Mientras que el movimiento de reforma inglés de Ruskin y Morris abogaba sin más por el retorno a la artesanía, para nosotros supone un motivo de satisfacción que haya **máquinas y división del trabajo**, y debemos llenarnos de ánimo por ello.

6. Los **empresarios de industrias de calidad** tienen que mantener una postura unitaria, tanto frente al público como frente a la proliferación de tanta «porquería artística». Pero, como asociación de empresarios, dicho en sentido estricto, no deben enfrentarse a los artistas ni a los trabajadores, si no quieren arruinar el arte del que viven.

7. Los **trabajadores de industrias de calidad, si han de constituir fuerzas de trabajo auxiliares para el arte**, necesitan un ambiente para la vida de calidad superior al del simple proletario. Es necesario que lleguen a comprender todo el proceso de producción de su industria. Su rendimiento, dentro de un sistema de producción asociativo, aumenta con su capacitación para la industria.

8. La **Werkbund** ni puede, ni quiere crear obras específicas de arte. Tampoco pretende determinar una tendencia concreta para la forma artística. Lo que puede y debe hacer es promover aquellas organizaciones, difundir las informaciones, fomentar las exposiciones y las investigaciones, que hagan posible la prosperidad económica de los artistas, de los empresarios y de los trabajadores.

**Friedrich Naumann: Kunst und Volkswirtschaft (Arte y Economía Política). Conferencia en representación de la Deutscher Werkbund, Viena 1912. Publicada en: Die Hilfe, año 18, 1912 (1927), pp.423-428; Obras, tomo 6, Berlín 1969, pp.293 y sg.**

**Friedrich Naumann: Werkbund und Handel (Werkbund y Comercio) (1913)**

## 8. LA FUNCIÓN ECONÓMICA DE LA WERKBUND (DIE WIRTSCHAFTLICHE FUNKTION DES WERKBUNDES)

No se trata solamente de comprender lo que significa un concepto de calidad, sino de algo más. La Deutscher Werkbund quiere fomentar e impulsar un arte alemán. No puede, por sí misma, crear arte, porque el arte siempre lo crean individuos, con capacidad para realizar algo adecuado, y la Werkbund no es un individuo, sino una asociación cargada de convicciones e intereses. La tarea que se plantea, en cuanto tal, consiste en abrir los ojos a las nuevas formas, colores, modelos, figuras. Pretende ser una corporación educadora del buen gusto.

Naturalmente, el buen gusto es y seguirá siendo una cuestión de sentimiento y sensibilidad, y jamás podrá pedirse a un tribunal que dictamine qué es lo que realmente está configurado de forma bella y qué es lo que no lo está. Tampoco la Werkbund piensa en constituirse en tribunal y parte de cada caso concreto. Combate lo que evidentemente posee mala forma pero evita, con intención, defender un estilo propio. En el mismo momento en que hiciese ésto, se desgarraría, porque los artistas integrados en la Werkbund tienen, como no podía ser menos, concepciones muy diferentes. Por lo demás pueden formularse, al respecto, algunos principios:

La Werkbund desea libertad, respecto al arte clásico y a la moda francesa, en cuanto modelos, no porque los menosprecie, sino porque observa que el triunfo de la industria alemana sólo puede basarse en un trabajo artístico basado en nuestra propia singularidad.

La Werkbund rechaza toda falsa unión, toda asociación carente de ideas, de miembros extraños entre sí, y pretende un concepto unitario por lo que se refiere al trabajo artístico, que encuentre su proyección en el mobiliario y la decoración interior de las viviendas, en la propia vivienda, en la arquitectura y en la moda.

A quien quiera formarse una idea de lo que esto supone en la práctica, le remitimos a las exposiciones en que ha participado la Werkbund...

Es una insensatez económica malgastar trabajo y material en la fabricación de objetos que carecen de utilidad y no poseen una buena forma. Es una falacia simular un valor de uso que el objeto no tiene. Cada material exige un trabajo correspondiente a su calidad y a sus características específicas. Claro está que es más fácil decir esto que llevarlo a la práctica. Pero hay que decirlo para que se pueda llevar a efecto. Hay que evitar dos cosas: tanto el derroche de materiales valiosos por culpa de un trabajo descuidado, como el empleo de trabajo excesivo para la producción de objetos que no merecen la pena.

¡Quién tenga ojos para ver, que vea! Que vaya a cualquier comercio normal y vea la cantidad de trabajo humano desperdiciado que se le ofrece a la vista: ¡ropa confeccionada expresamente para un domingo, prendas de cuero fabricadas con cuero de mala calidad, juguetes horripilantes! Nada de esto se daría si los fabricantes, los vendedores y los compradores albergasen un mínimo sentido de lo que debe ser la calidad. Se comprenderá, así, la enorme tarea que aquí se plantea: una tarea dirigida a una educación tanto nacional como internacional, una tarea de primer orden.

El comerciante, sin embargo, dice: admito el poco valor de lo que hay en mis mostradores; acaso es menor incluso de lo que pienso, ¡lo admito! Pero prosigue: ¿qué le voy a hacer, si sólo soy un **intermediario**? Hable

usted con los fabricantes y con los compradores ¡ellos son los culpables! El comerciante rechaza ser el responsable de la incultura que pasa por sus manos y por sus libros.

Él niega toda responsabilidad, pero nosotros contestamos que es corresponsable en dos sentidos, ya que ejerce una gran influencia en ambas direcciones. Pero, de hecho, no es cierto que él admita involuntariamente todo lo que le ofrecen los fabricantes, como tampoco es cierto que el público no esté dirigido por él.

En cientos de casos, el comerciante rebaja la calidad de las mercancías, y en mayor proporción de lo que lo haría el fabricante. Le basta con que lo que ofrece presente un buen aspecto aunque carezca de contenido. Toda esta nefasta querencia por la mercancía aparente tiene su origen, en gran medida, en las oficinas de compra de los mayoristas y de los agentes. Podemos oir a los fabricantes lamentarse amargamente de las triquiñuelas que se ven obligados a hacer por culpa de los revendedores. Preferirían, en muchos casos, elaborar un producto algo más auténtico, pero dependen del comerciante, del hombre a quien la calidad le es indiferente.

Y también el público depende del comerciante. Aprende de lo que ve en los escaparates. En ellos comprueba lo que puede comprar a precio irrisorio, sean sombrillas, sombreros, corbatas o pañuelos, relojes de bolsillo, anillos de compromiso o libros de imágenes semirregalados. No hay público que, «de motu propio», demande este tipo de gangas, si no se le ofrecen.

Naturalmente, el comerciante está en su perfecto derecho a decirnos que también él trabaja forzado por las circunstancias, ya que está sometido a las leyes de la competencia del mercado. No vive aislado del mundo, sino que forma parte de una comunidad, junto a sus colegas. Y cada uno de ellos entra en competencia con los demás. Lejos de nosotros la idea de oponernos a la libre **competencia** de un modo absoluto. Hace ya mucho tiempo que ha demostrado su eficacia. Pero también aquí vale lo que ya hemos dicho en otro lugar: como mejor se defiende un principio esencial y justo es no haciéndose el ciego ante sus deformidades. Hay que celebrar la competencia pero, en aras del interés común, la competitividad del mercado está obligada a promover una elevación de nuestra cultura, no a hacerla descender. La legislación ha señalado, por ley, determinados límites a la competencia desleal. La legislación apenas si puede llegar más lejos, pero se puede educar a los fabricantes, a los compradores y a los vendedores, forjándoles una conciencia con criterios de calidad. Y hacer esto constituye una de las intenciones y de las tareas de la Werkbund...

¿Qué es lo que se paga mejor? Lo que mejor se paga es lo que los demás no pueden imitar, aunque lo pretendan; lo que no pueden realizar por determinados motivos. Se pagan mejor las piezas que poseen un valor añadido para el amante de determinados productos. Tome usted el mismo vestido femenino y haga que se lo confeccionen en Colonia y en París: pagará usted 50 francos más en París porque, sin duda, allí se da un valor añadido para el amante de la moda. No es por causa del tejido, porque el tejido cuesta lo mismo en París que en Colonia. Tampoco lo es por causa del coste del trabajo, porque también, por regla general, supone lo mismo; no, lo que se paga de más es un valor que no está a la vista, una suerte de fe en la capacidad humana. Lo que se paga, no es la propia capacidad humana, apta para realizar determinadas obras, sino la fe en esa capacidad.

Esta circunstancia es la que, precisamente, alcanza un valor extraordinario

en el mercado mundial. Se llega a la creencia de que muy poca gente, de entre todo el conjunto que constituye el público, tiene capacidad de juzgar, por sí misma, si tiene buen o mal gusto. Y algún motivo habrá para creer esto, porque una idea de esta naturaleza no surge sin una causa que la justifique. Cuando se trata del buen gusto y la calidad del producto, una cuestión como la de la formación de los precios sigue caminos bien distintos a los indicados por Adam Smith, según la ley de la oferta y la demanda. De ahí que, desde el punto de vista de la Economía Política, la cuestión de la calidad sea, hoy, decisiva cuando precisamente, la de la cantidad, hace ya mucho tiempo que es una cuestión que no preocupa a ninguno de los tres grupos, el de los fabricantes, el de los vendedores, el de los compradores, antes indicados. Así se prefiere la fabricación de una mercancía cuya cantidad sea menor, pero su calidad muy alta. Se entenderá, entonces, todas las ventajas que se derivan, de cara a las oficinas de aduanas, en el envío de paquetes postales, con productos menos pesados. Y también comprenderán que los gastos generales serán relativamente menores que si se emplea el mismo trabajo con una cantidad de material cuatro veces mayor. Tomen ustedes, por ejemplo, un material como la madera y utilicen una cantidad de ella cuatro veces superior a la necesaria en la elaboración de un producto manufacturado, tendrán costes de espacio, costes de transporte y gastos generales multiplicados por cuatro. La buena calidad de un objeto con mucho más trabajo implica menos gastos generales, transporte más fácil y, por tanto, un cálculo presupuestario también más sencillo. Incluso en el caso de aquellos objetos, antes citados, a los que hemos atribuído un «valor añadido». En pocas palabras, desde el punto de vista de una política de exportación alemana, existen múltiples razones para entender que un producto resulta tanto más exportable cuanto mayor es su calidad. Y pensamos además: ¡si todas las teteras que se usan en Inglaterra y América fuesen alemanas y de buena calidad!, y podemos proseguir: ¡si todas los recipientes de plata para nata que existen fuesen expresión de un trabajo alemán bien hecho! ¡Y si el mantel, sobre el que descansan cucharas alemanas de calidad, se fabricase con los mismos criterios de calidad en la Baja Renania, o en cualquier otro lugar, en Mühlhausen en la Alta Renania, de modo que en cualquier lugar del mundo, en Málaga por ejemplo, no fuese raro que encontrásemos uno de esos manteles; y si, al levantar uno de los picos de ese mantel, encontrásemos sobre la mesa en la que lo hemos colocado el anagrama de la Werkbund!. En fin, continuando con esta ensoñación, podríamos hablar del trabajo con la casa, etc... En este sentido, queda claro que cualquier recién llegado al mundo de la cultura que quisiese mostrarse cultivado, tendría que poseer objetos de tales características. Y sé que, en estos instantes, y en el corazón de los artistas, algún desacuerdo se alza contra mí, pero también sé que, frente a todo lo que he oído tengo el deber de aclarar cuestiones que afectan a los intereses de la empresa y del comercio. Hablo aquí como economista y, desde el punto de vista de la exportación quisiera añadir: ¿qué ocurriría si todos estos criterios aplicados al buen trabajo alemán se llevasen a cabo con éxito? ¡Qué fenomenal sería!. Que en San Petersburgo, por ejemplo, no se irguiese unicamente aquel memorable edificio de Behrens que, por desgracia e imcomprensiblemente, en Alemania no ha sido, en parte, valorado con justicia. Que tuviésemos en Moscú, además de los construídos por Muthesius, otros edificios representativos; que viésemos realizados en Atenas los planos de los edificios proyectados por Ludwig Hoffmann, que alguno de entre nosotros llegase a Siam y viese que el Palacio Real ha sido edificado por el arquitecto alemán Bosselt;

que siguiese viajando por el mundo y viese edificios ante los que se preguntase: ¿de dónde proceden? Que cualquiera de esos edificios estuviese amueblado y ante la pregunta, ¿de dónde proceden las cortinas?, se le respondiese: escriba usted a Elberfeld. Y que todo prosiguiese así. Una mano lava la otra y luego está la «Werkbund»...

Queremos producir lo mejor y difundirlo por el ancho mundo, queremos ofrecer al mundo mercancías que sean de la mejor calidad y que, desde luego, sean «nuestras» mercancías. Pero, con todo, se debe comprender y asimilar la leyenda del gran arte francés. Porque, en el ámbito de la cuestión que nos ocupa, es aún muy ignorante la gente que menosprecia la antigua y gran leyenda de ese arte. Esa leyenda existe, recorre los países, está presente en los palacios y se mantiene durante mucho tiempo: allí, en todo aquéllo que encierra el máximo valor de una herencia artística, allí, permanecen por largo tiempo también los artistas. No debe maravillarnos que, quien ha crecido rodeado de tales impresiones, se desanime al visitar una exposición de la Werkbund. Observamos, por otro lado, que también allí donde se ha fraguado una aristocracia firme, asentada de antiguo, aunque se trate de una aristocracia clerical, ésta posee sus formas propias. Y contra esto es contra lo que lucha la nueva leyenda; lucha por una suerte de nueva fe en la industria, contra una suerte de fe envejecida asentada sobre postulados industriales caducos. Ambas leyendas, en efecto, luchan entre sí. Pero, también sabemos que, dentro de los cientos o miles de discusiones que pueden mantenerse, por ejemplo, entre dos o tres hombres, cuando al atardecer pasean bajo los árboles junto al agua, en lugar de preguntarse: ¿qué piensas de la religión?, se suscita la pregunta: ¿qué te parece el edificio de Behrens? ¡dímelo con toda sinceridad!. Es decir, se discute y se discute sobre cuestiones que ya están pasando a formar parte de nuestro propio alma. Cuestiones que resuenan y se agitan en otros muchos, que ocupan sus inquietudes por encima de cualquier otra preocupación, que resultan inherentes a ese general crecimiento de una fe alemana asentada en el poder de una propia fuerza industrial. Una fe que la persona más humilde también arrastra consigo, y que la hace sentirse satisfecha si puede comprar un producto que lleve su impronta, la impronta de la industria alemana, para llevárselo a su casa. En este sentido, no podemos minusvalorar el hecho de que el pueblo en su conjunto experimente como algo propio este crecimiento, que se haga partícipe de su experiencia y, sobre todo, que pueda desarrollarse gracias a ello.

Y dicho esto, he llegado a la Werkbund y paso a ocuparme de ella...

¡Con qué frecuencia se excita uno! Los empresarios están en su casa y dicen: podrías comprobarlo al menos otra vez, y ver cómo van las cosas. Se escribe entonces al secretario general de la Werkbund, Dr. Jäckh: «¿sabe usted quién más se interesa por tal cuestión»?. Porque el Dr. Jäckh lo sabrá, ¡tiene obligación de saberlo todo! Y así es cómo, por lo que respecta al comercio, se desenvuelve una parte de la Werkbund. Sí, ¿estamos ya seguros de cómo nos van las cosas por ahí afuera?, ¿qué pasa con nuestra solvencia?. Estaría bien ponerse en contacto con el cónsul. ¿Dónde están los señores del departamento de Asuntos Exteriores? ¡Y luego está la leyenda de la prensa! ¡Sin prensa no hay nada que hacer! Todo lo que hemos dicho sobre la fe necesaria en la fuerza alemana no va a ninguna parte sin la prensa, sin la prensa alemana y sin la prensa extranjera. Nunca podrá hacer nada un artista de manera individual. Tampoco podrá hacerlo un empresario por sí solo. He oído decir que las grandes obras de arte surgen aisladamente, por ejemplo, en un monasterio, entre cuatro paredes; que allí nacen, junto con los sentimientos más

elevados, y también junto con los más dolorosos, de igual modo que Fausto tuvo sus pensamientos en su celda, a la luz de la luna; cierto es. Pero cuando surgieron fue, por así decir, al inicio del parto, en el momento en que pretendían dar comienzo a su discurrir posterior por el mundo. ¡Cuántos talentos existen hoy en Alemania, pero qué pocas posibilidades de aprovecharlos!. Permitidnos ser expansionistas, es decir, dejadnos ampliar el campo que haga posible el aprovechamiento de todos esos talentos, y si los artistas dicen que así se reduce su libertad, seamos sinceros y digamos que quien colabora en una tarea colectiva, de miras elevadas, ha de sacrificar parte de su libertad. En efecto, todo el que colabore en una tarea de tal naturaleza ha de ceder parte de sus privilegios. Sólo es totalmente libre el hombre en Lüneburger Heide que no se preocupa por nadie. Cualquier hombre que desee vender algo a otro, deja de ser totalmente libre. Todo hombre que quiera exponer y vender en el extranjero, dentro de una asociación que conoce sus propias reglas, debe obligarse a respetar determinados vínculos. Porque yo no puedo presentar mis productos dentro de una gran exposición alemana en el extranjero, sin observar una cierta disciplina. Hemos acudido a la muestra de Bruselas y, en esta exposición del trabajo alemán, lo que más he valorado es que muchos de nuestros productos no se expusieran en ella. La impresión que hemos tenido hubiera sido mucho peor si en Bruselas se hubiese expuesto la doble cantidad de objetos.

Todo este impulso para hacer que nuestros productos penetren en el extranjero, debe desarrollarse, dentro de lo humanamente posible, de manera disciplinada y limpia. Porque precisamente esa leyenda, que antes he denominado fe en lo firmemente establecido, nos proporciona algo bueno, nos proporciona algo que supera a lo antiguo. El lugar donde residen la fantasía y la capacidad de imaginación. Beethoven, Mozart, Richard Wagner han descendido al pueblo y se han conducido, por medio de la música, a través del metal, de la piedra y de la madera, para que el mundo los descubra de nuevo: ¡mirad, hemos hecho que vuelvan a vivir entre nosotros!. Pero, esta impresión no se tiene sin disciplina, no se tiene sin orden, de modo que quien no quiera obligarse a ello, debería dedicarse a otro trabajo, porque no encaja en nuestra asociación. Creo que cuanto más hayamos comprendido el ideal de este trabajo en común, de cara al extranjero, mejor sabremos que esa disciplina no supone recorte alguno de nuestras facultades y capacidades personales. Hay muchos que, con encargos muy determinados, han conseguido realizar obras de lo más geniales. ¡Fijémonos si no en todas las grandes arquitecturas, desde la iglesia de San Pedro en Roma hasta las grandes estaciones de ferrocarril actuales, etc., que se han tenido que realizar sobre un terreno y con un programa ya determinados!. No se han podido llevar a cabo sin que antes no se haya reflexionado sobre el espacio disponible, sobre las cantidades de material a emplear, sobre el presupuesto, sobre el programa. No es otra cosa lo que se pretende de nuestros servicios en el extranjero, cuyas funciones, por lo tanto, se incrementan. Porque, si queremos trabajar dentro del mercado mundial y presentar en él lo que nos es propio, no debemos ofrecerselo a nadie sin saber de quién se trata. Sencillamente, no es cuestión de dejar que el arte más elevado hable por sí mismo, sino de que el artista sepa, además, para quién y para dónde crea. ¡Necesitamos artistas alemanes, que tengan un sentido tal de lo que es América, que trabajen con conciencia alemana y para América!. Y ésta constituye una tarea tan amplia que, en último término, lo que significa es: Werkbund y economía de alcance mundial. Nosotros, los alemanes, hemos tomado, y recibido, de otros pueblos una cantidad

interminable de valores artísticos y espirituales. Toda nuestra vieja educación procede de otros pueblos. Grecia, Italia, Francia e Inglaterra, por ejemplo, tuvieron que existir antes para que nosotros existiéramos. Tampoco la catedral de Colonia surgió sin que antes no se hubiesen elevado las grandes obras construídas sobre suelo francés. Lo que tenemos, incluso lo que decimos que es muy alemán, lo hemos incorporado de fuera, pues nos era ajeno, y lo hemos añadido a nuestra idea de germanidad. Lo que otros hicieron por nosotros, tenemos que hacerlo ahora por ellos. ¡Sigamos adelante! Y transmitid también vuestro agradecimiento histórico a los pueblos, y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos; del mismo modo que los alemanes han creado una filosofía que, por así decir, hoy utilizan todos, una música, un método de fundición de cañones, también tienen otras muchas cosas que aportar, y si la Werkbund puede colaborar en algo y el congreso de Colonia ayuda a ello, entonces sí que podremos sentirnos satisfechos.

**Friedrich Naumann: Werkbund und Handel (Werkbund y Comercio). Anuario de la Deutscher Werkbund para 1913. Jena 1913. En: «Werke» (Obras), tomo 6, Berlín 1964, pp. 5 y sg. También en: Friedrich Naumann: Werkbund und Weltwirtschaft (Werkbund y Economía Mundial). Jena 1914, pp.105 y sg.**




***NOTA DEL AUTOR:*** *Por lo que se refiere a las citas de la obra de Julius Posener, «Berlin auf dem Wege zu einer neuen Architektur», la traducción del alemán de los fragmentos originales es responsabilidad nuestra.*
*Por lo que respecta a los textos originales de Friedrich Naumann, la responsabilidad está compartida con Joaquín Rodríguez Monteverde, a quien debemos manifestar nuestro agradecimiento por su inestimable colaboración, pues a él se debe la buena traducción de base, que hemos adaptado en cuanto al estilo y, por lo tanto, reescrito.*

PORTADA DE PETER BEHRENS. BERLÍN.

DE LAS MONOGRAFÍAS DE CARTELISTAS ALEMANES PUBLICADAS POR EL MUSEO ALEMÁN DE HAGEN Y EDITADAS POR W.RUHFUS DE DORTMUND.

Fuente: Anuario de la Werkbund de 1913, «Die Kunst und Industrie und Handel». Editorial de Eugen Diederichs. Jena 1913. p.113.

KUNST
GEWERBE
BLATT

HEFT 7

APRIL
1912

BAND XXIII

REDAKT: FRITZ HELLWAG
IN BERLIN-ZEHLENDORF.
VERLAG VON E.A. SEEMANN
IN LEIPZIG



TITELSEITE
VON
PETER BEHRENS
BERLIN

AUS
MONOGRAPHIEN
DEUTSCHER
REKLAMEKÜNSTLER

HERAUSGEBER:
DEUTSCHES
MUSEUM
HAGEN

VERLAG:
W. RUHFUS
DORTMUND

113

**FRIEDRICH NAUMANN**

**Datos biográficos**

(Störmthal, Sajonia 1860; Travemünde, 1919)

**1886**
**1890** Dedicación a su actividad de pastor protestante

**1890**
**1894** Funda la revista «Die Hilfe», órgano del ala progresista del movimiento cristiano-social

**1897** Capellán, en Frankfurt del Meno, de la «Misión Interior», organismo de la Iglesia Evangélica dedicado a tareas de caridad y sostenimiento de la comunidad.
Fundador de la «Unión Social-Nacional» («National-Sozialer Verein») (1896)

**1897** «National-Sozialer Katechismus»

**1898** «Arbeiterkatechismus oder der wahre Sozialismus» («El catecismo del trabajador o el auténtico socialismo»)

**1900** «Demokratie und Kaisertum» («Democracia e Imperio»)

**1907** Cofundador y principal ideológo y propagandista de la «Deutscher Werkbund»

**1907** Diputado en el Reichtag, hasta 1910, de la «Freisinnige Vereinigung» («Unión Liberal»)

**1908** «Deutsche Gewerbekunst. Eine Arbeit über die Organisation des Deutschen Werkbundes» («El arte industrial alemán. Un trabajo sobre la organización de la Werkbund alemana»)
«Die Kunst im Zeitalter der Maschine» («El arte en la era de la máquina»)

**1911** Diputado en el Reichtag, hasta 1918, del «Fortschrittliche Volkspartei» («Partido Progresista Popular»)

**1912** «Kunst und Volkswirtschaft» («Arte y economía política»)

**1914** «Werkbund und Weltwirtschaft» («Werkbund y economía mundial»)

**1917** «Der Kaiser im Volksstaat»

**1919** Miembro, como presidente del Partido Alemán Democrático, de la Asamblea Nacional de la República de Weimar.

## BIBLIOGRAFÍA

**AA.VV.**, Jahrbuch des Deutschen Werkbundes 1912 (Anuario de la Werkbund alemana de 1912): «Die Durchgeistigung der Deutschen Arbeit. Wege und Ziele in zusammenhang von Industrie, Handwerk und Kunst» («La espiritualización del trabajo alemán. Caminos y metas interdependientes de la industria, la artesanía y el arte»). Editorial de Eugen Diederichs. Jena 1912.

**AA.VV.**, Jahrbuch des Deutschen Werkbundes 1913: «Die Kunst in Industrie und Handel» («El arte en la Industria y el Comercio»). Eugen Diederichs. Jena 1913.

**AA.VV.**, Jahrbuch des Deutschen Wekbundes 1914: «Der Verkehr» («El tráfico»). Eugen Diederichs. Jena 1914.

**BRUCKMANN, Peter**: «Die Gründung des deutscher Werkbundes («La fundación de la Werkbund alemana»). 6 Oktober 1907", en «Die Form», cuaderno n.10. Berlín 1932. (Traducción al español de José Manuel García Roig en: «Cuaderno de Notas» n° 3, mayo 1995. Departamento de Composición Arquitectónica. E.T.S.Arquitectura de Madrid).

**CAMPBELL, Joan**: «Il Werkbund Tedesco». Marsilio. Venecia 1987. (Edición original: «The German Werkbund». Princenton University Press 1978).

**DAL CO, Francesco**: «Teorie del moderno. Architettura Germania 1880/ 1920». Laterza. Roma/Bari 1985. Véase en particular: «Darmstadt e Costantinopoli. Werkbund e Mitteleuropa. Saggio sulla tradizione culturale del Werkbund». pp.3-63; «Antologia. Il dibattito architettonico tedesco e il «primo Werkbund». pp.91-351.

**DURTH, Werner**: «Deutsche Architekten». DTV. Braunschweig 1986.

**HEUSS, Theodor**: «Friedrich Naumann: Der Mann, Das Werk, Die Zeit». Hermann Leins. Stuttgart 1949.

**JÄCKH, Ernst**: «Werkbund und Mitteleuropa». Conferencia en la Asamblea Anual de la D.Werkbund celebrada en Bamberg en 1916. G.Kiepenheuer. Weimar 1916.

**JUNGHANS, Kurt**: «Der deutsche Werkbund. Sein erstes Jahrzehnt». Bauakademie der Deutschen Demokratischen Republik. Henschelverlag Kunst und Gesellschaft. Berlín 1982.

**MÜLLER, Sebastian**: «Kunst und Industrie». C.Hanser. Munich 1974.

**NAUMANN, Friedrich**: «Werke». Westdeutscher Verlag. Colonia 1964.

**POSENER, Julius**: «Berlin auf dem Wege zu einer neuen Architektur» («Berlín en el camino hacia una nueva arquitectura») (Das Prinzip Wachstum: Friedrich Naumann, pp.49-80). Prestel. Munich 1979.

**SELLE, Gert**: «Jugendstil und Kunstindustrie. Zur Ökonomie und Ästhetik des Kunstgewerbes um 1900». Otto Maier. Ravensburg 1974.

# NOTAS

**CUADERNO**

99.01

CATÁLOGO Y PEDIDOS EN

http://www.aq.upm.es/of/jherrera
jherrera@aq.upm.es

